

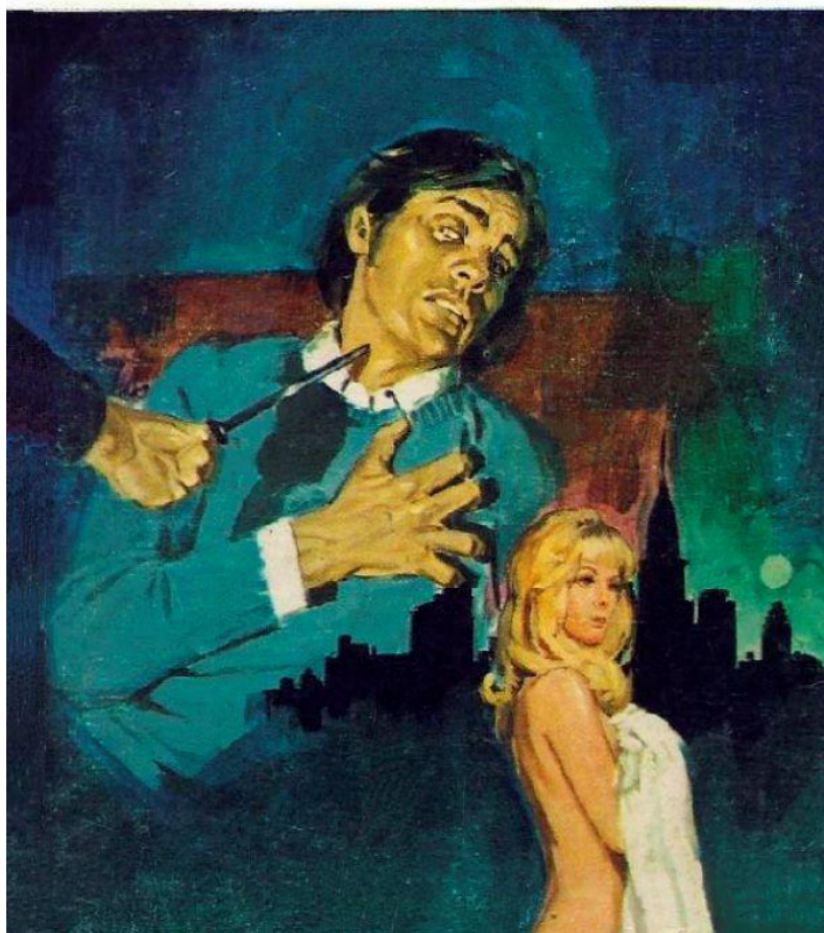
BOLSILLOS BRUJERÍA

PUNTO

ROJO

LA NOCHE EN QUE SE APAGO NUEVA YORK

Curtis Garland



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



CURTIS GARLAND

LA NOCHE QUE SE APAGO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 824
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 46.934 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1978

© Curtis Garland - 1978
texto

© Jorge Sempere - 1978
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.434. — Ventana a la noche

En Colección **PUNTO ROJO:**

808. — Oscura es la ciudad

En Colección **LA HUELLA:**

134. — Pasaje sin salida

PÓRTICO

Este relato es pura ficción, naturalmente. Pero se basa en un hecho real y cercano, que todos conocemos: la noche del 13 de julio de 1977, un apagón sin precedentes —infinitamente más prolongado y serio que el de 1965— envolvió en la oscuridad a toda una ciudad como Nueva York.

Así como en 1965, el índice de criminalidad durante las horas de duración del hecho fue mínimo, y casi nada alteró al ritmo ciudadano, en 1977 fue todo lo contrario. Una ola de vandalismo sin precedentes asoló la gran urbe. Crímenes, robos, asaltos, pillajes y saqueos, tiñeron de vergüenza y asombro a todo el país. Lo que aquí se relata es ficticio. Pura invención del autor pero posiblemente muchos hechos similares acontecieron durante la famosa noche en que Nueva York se apagó.

Los personajes, todos, del relato, absolutamente *todos*, son imaginarios, y no pretenden reflejar a nadie en concreto. Lo que aquí se pretende sólo es tomar como pretexto esa situación insólita y retratar, a la vez, la tremenda crisis social, humana y política, que un hecho así revela con descarnada crudeza. Las motivaciones de ésa orgía de delincuencia existen en toda sociedad civilizada actual, sobre todo en las más poderosas y ricas. Nueva York fue solo un ejemplo —gigantesco, eso sí, como todo en esa urbe— de lo que comentamos.

Pero todo eso es el trasfondo. Lo demás, repito, es pura ficción. Y los héroes, antihéroes o personajes anexos, simple anécdota imaginada por el autor. Que nadie busque aquí hechos reales. Sólo una historia novelesca sobre un fenómeno real que se produjo la noche en que Nueva York se apagó.

El Autor.

CAPÍTULO PRIMERO

—Es mi placa, capitán. Aquí la tiene.

El capitán Nolan contempló la pieza de metal que, prendida a su funda de piel, acababan de tirar sobre su mesa. Elevó lentamente los ojos, como si esa tarea fuese para él algo demasiado molesto e irritante.

Miró de hito en hito a su subordinado. Los ojos incoloros no reflejaron emoción alguna. Eso no era una impresa para nadie. Especialmente, no podía serlo para... hombre que trabajara con él durante tanto tiempo.

—¿Te has vuelto loco, Sam? —graznó.

—Es posible.

—¿No bromeas?

—No. No bromeo.

—Entonces, es que realmente estás loco —suspiró—. Ya dije que es posible. Pero eso no va a cambiar las cosas.

—De modo que te vas.

—Sí. Me voy.

—Eso significa mucho, Sam. Significa mucho para ti. Llevas varios años en este Departamento.

—Claro. Lo sé muy bien. Son siete años, capitán.

—¿Y los tiras así, por la borda? ¿De repente... y sin motivo?

—De repente, sí. Sin motivo... no.

—Muy bien —farfulló el oficial de policía—. ¿Cuál es ese motivo, Sam?

—Sería largo de contar: Acepte mi placa, capitán. Eso lo arregla todo, ¿no?

—No para mí, Sam. Meter esta placa en un cajón es tarea fácil. Pero eso no lo resuelve todo. Ni aclara nada.

—Nada se puede resolver. Nada sirve aclarar las cosas. Es mejor así.

—Está bien. Eres muy dueño, Sam. Deja tu placa, si quieres. Deja aquí siete cochinos años de tu vida, si eso te complace. Deja tu pistola, tus recuerdos y tus amigos. No soy quién para negártelo. Ya, ni siquiera soy tu jefe. Pero alguna vez fuimos amigos. Y creo que eso sí hay que tenerlo en cuenta.

—Seguiremos siendo amigos, capitán. Pero yo seré el ciudadano Sam Daugherty, no el detective Daugherty, de Homicidios. Eso no cambiará mucho las cosas.

—Quizá no —el capitán Nolan se frotó sus canosos cabellos pensativamente, con gesto desabrido—. Pero me pregunto qué vas a hacer a partir de ahora para ganarte la vida. Porque tú no eres de los que se dedicaron a venderse para reunir un buen capital, ¿verdad?

—Usted sabe que no —farfulló Sam con acritud—. Yo no soy un teniente Driscoll, o un patrullero como Reagan o McDuff...

—¡Sam, no hables así! —le cortó con acerado tono el oficial de Homicidios casi incorporándose al ser escuchada la voz de Daugherty por toda la sala de la división, donde muchos rostros, curiosos o sobresaltados, se volvieron hacia él—. No se puede acusar a nadie sin pruebas, recuerda. Perdiste ya una ocasión de demostrar eso y...

—La perdí porque el comisionado Ballinger y el concejal Warren están tan corrompidos y sucios como ellos, capitán —cortó a su vez Sam con una voz áspera, chirriante, que casi impresionó a su exjefe—. Es una de las razones por las que he llegado a sentir náuseas de ser policía, de llevar esa placa y no poder hacerle el debido honor, contra todo y contra todos, incluso contra el cáncer mismo que corroe nuestra policía.

—Había olvidado que tú presentaste tu dimisión como, policía, Sam —resopló el capitán Nolan amargamente, dejándose caer en el asiento, como si de repente su cuerpo pesara una tonelada más de lo habitual—. Lo siento, muchacho. No debí decirte nada. Pero si ese cochino asunto es el motivo de...

—Es sólo uno de los motivos —atajó Sam Daugherty idamente, entornando sus ojos color de asfalto, tan duros y tersos como el mismo concreto de las calles urbanas—. No pregunte más, señor. Me voy. Y eso es todo.

—Muy bien. Te deseo suerte, Sam. Pero protégete de gente como

el teniente Driscoll o esos dos patrulleros, hijos de zorra... Ahora que no tendrás tu placa ni tu revólver, tendrás problemas con ellos, estoy seguro.

—Yo también lo estoy —rió huecamente Sam, encajando sus rudas mandíbulas, como un luchador que salta al *ring* dispuesto a todo en su último *round*—. Pero procuraré evitar que hagan su juego.

—Ten cuidado. Cuando no seas un policía, todo va a ser mucho más duro para ti. Y hay gente en el Cuerpo que te tiene ganas, tú lo sabes.

—Sé muchas otras cosas —rió sordamente Sam—. Y ninguna la olvido. Por la cuenta que me tiene. Ahora... adiós a todos.

Y puso con displicencia su arma encima de la mesa de su jefe, el hombre con quien iniciara su profesión policial, ya siete años atrás. Así, súbita y bruscamente, terminaba todo para él. Aquel revólver calibre 38, plateado y pulcro, era su último eslabón con el Departamento de Homicidios y con todo lo que fue su existencia durante esos años. Nolan le miró amargamente como si se resistiera a aceptar aquello de forma definitiva.

—Adiós, Sam —musitó—. Espero que, realmente, sepas lo que haces.

—Lo sabía ya cuando decidí hacerlo, capitán. No es una determinación irreflexiva ni brusca. Lo medité muy bien antes de dar este paso.

—Conforme, Sam. Que Dios te ayude. Adiós.

Le tendió su mano. Sam la estrechó con fuerza. No dijo nada más. Dio media vuelta y se alejó hacia la salida de la amplia oficina. Los demás le seguían con la mirada. Sam hizo un gesto hacia todos ellos.

—Hasta siempre, amigos —fue todo lo que le oyeron decir—. Siento que las cosas terminen así. El día en que todos seamos dignos del Cuerpo en que estamos, tal vez vuelva. Pero todos sabemos que eso nunca ocurrirá en esta sucia y maldita ciudad, llena de basura y de corrupción...

Era como un epitafio. Hubo gente que sintió pena o dolor. Otros, vergüenza. Ninguno contestó. Ninguno dijo nada. Sam Daugherty salió así de la División de Homicidios. Su alto y atlético cuerpo desapareció tras la puerta vidriera. Sin violencias ni rencores. Pero

con su eterna carga de combatividad y de rebeldía. Sam era así. Siempre lo había sido. Ahora, más que nunca.

Sólo al cabo de unos momentos de profundo silencio, la voz del capitán Nolan se elevó, quejumbrosa:

—Ahí va todo un hombre, muchachos. Todo un policía. Con sus métodos algo irregulares, es cierto. Peí o un policía honesto y limpio, por encima de todo. ¡Y esta cochina ciudad, este basurero en que nos revoleamos todos, apestando a inmundicia, ha podido terminar con él, permitiendo a cambio que la carroña, los policías corrompidos, sobornados o coaccionados, sigan cómodamente en sus puestos, burlándose de todo lo digno de nuestra profesión, malditos sean todos!

Nadie dijo nada. Nadie objetó cosa alguna. Las miradas de hombres blancos o de color, adscritos a aquella división, bajaron la vista como avergonzados por continuar allí, pasivamente, sin hacer nada por impedir que las cosas fuesen como eran.

El teléfono le interrumpió, sonando desde el barullo de papeles y carpetas de su mesa. Disgustado, Nolan tomó el auricular, soltando un monosílabo en forma de gruñido, que difícilmente se podía identificar como el sonido de una voz humana.

Lo que le dijeron por el teléfono debió llenarle de asombro y de brusco sobresalto, porque de su boca escapó el apagado cigarro que acostumbraba a mordisquear cuando estaba nervioso o irritado, y jadeó un abrupto:

—¿Qué diablos...?

Luego colgó y contempló de hito en hito a sus subordinados. Meneó la cabeza y terminó por soltar una agria carcajada, que llevó la perplejidad a los presentes.

—Dios nos asista —comentó sarcástico—. Sam se ha ido arriba, a despedirse del jefe McKern. ¿Y saben quién está ahora con el jefe McKern? ¡El comisionado Ballinger, en persona!

Tras, un corto silencio, algunos hombres del Departamento se miraron entre sí y terminaron por soltar una carcajada casi colectiva.

—Daría algo por estar arriba en estos momentos —dijo el detective negro Patterson con sus ojos brillando como cuentas de azabache en medio de su cara como el charol.

—Y yo —rezongó el capitán Nolan. Y yo, amigos... O mucho me

equivoco, o la andanada que va a recibir el comisionado por parte de Sam, va a causarle daños bajo su línea de flotación, maldito sea.

Y ciertamente esa así.

En esos momentos, Sam Daugherty, exdetective de la División de Homicidios de la ciudad de Nueva York, estaba echando virtualmente a pique la ya lesionada dignidad del comisionado Jason Ballinger, sin que el jefe McKern pudiera hacer nada por evitarlo... si es que realmente *quería* hacerlo.

—Bien, Daugherty, estaba deseando verle —fue lo primero que espetó con excesivo ímpetu, el comisionado Ballinger, abriendo mucho sus saltones ojos tras las gafas montadas en acero, apenas vislumbró al atlético joven en la entrada al despacho del jefe McKern. Y añadió roncamente—: Tengo cuatro palabras que decirle y...

—¡Espere! —cortó la voz de Sam, ácida como un corrosivo, incisiva como la punta de una navaja—: Soy yo, comisionado, quien va a soltarle ahora mismo, *una sola* palabra que le cuadre: *¡bastardo!*

El comisionado palideció intensamente. Se echó atrás, como si le hubieran soltado un mazazo en pleno pecho, y boqueó, buscando aire, sin atinar qué decir.

—¡Daugherty, le prohíbo a usted que...! —comentó McKern, al quite, logrando salir de su estupor.

—No, jefe, no puede prohibirme ya nada —le atajó a su vez Sam con un tono áspero que bien conocía su superior—. No pertenezco a su Cuerpo. Ya no estoy bajo su jurisdicción, ni la de ese cerdo llamado Ballinger, ¿está bien claro?

—Usted es un detective de nuestro Departamento, Daugherty —apuntó el jefe con acritud—. ¿A qué viene esa tontería ahora?

—Yo *era* un detective suyo, jefe McKern. Pero ya no lo soy. El capitán Nolan tiene mi placa y mi revólver. Me voy. Es decir, ya me he ido. Por eso puedo decirle al comisionado lo que pienso de él. Es algo que no pude hacer hasta ahora. Pero ya está hecho.

—¿Ha... ha dimitido, Daugherty? —boqueó McKern.

—Eso es. He dimitido. Irrevocablemente.

—Pero, Daugherty, usted tenía porvenir, una carrera brillante, un futuro en la policía...

—Tengo también algo más que todo eso, jefe: dignidad, vergüenza y orgullo, entre otras cosas. Todo eso es un lastre para ser policía. Al menos, para serlo en esta sucia ciudad, llena de prevaricadores, de gentuza, de bastardos, de cerdos y de maricones. No tolero verme manipulado por todos ellos manejado como un pelele por los tipos que se enriquecen vendiéndose a los demás, como el teniente Driscoll, los patrulleros Reagan McDuff... o el comisionado Ballinger.

—Es... es demasiado —jadeó éste, congestionado, dirigiendo una mirada de odio infinito al exdetective—. No tolero esto, ¿lo entiende? Usted ha dimitido y no puedo incoarle un expediente disciplinario que arruinase su carrera, pero el jefe McKern es testigo de que me ha insultado gravemente, y esto se verá ante los tribunales. Voy a denunciarle por injurias graves. Reflexionará sobre su estupidez cuando esté unos años en prisión, pudriéndose vivo.

—Usted no es lo bastante hombre para hacer algo así, comisionado —silabeó Daugherty, moviéndose como una flecha hacia él—. Si llegase a denunciarme, yo podría presentar ante los tribunales a testigos muy sabrosos para la Prensa sensacionalista, como El Bello Winters, su querido del garito del Village, ese marica asqueroso que actúa de *travestí* en el club de Ricky Levine. ¿Qué dirá la gente honrada de Nueva York cuando sepa que un comisionado suyo, casado y con hijos, se entiende con un homosexual de la peor calaña?

—¡Daugherty, eso... eso es incalificable, vergonzoso! —aulló el comisionado, con ojos desorbitados—. ¡Está insultándome de un modo que no puedo tolerar!

—Pero que tiene que tolerar le guste o no —estaba Sam muy cerca de él clavando en su rostro, lívido, unos ojos fríos como el hielo—. Sabe que puedo airear eso y muchas cosas más. Sus sucios asuntos con la Inmobiliaria Acmé, su amistad con un hampón como Ernie Rubinstein, y su relación, más o menos directa, con las casas de prostitutas menores de edad en el Bronx. ¿O supone que me chupo el dedo y no sé escarbar en la basura que envuelve a grandes sectores de nuestra policía, de nuestros políticos y de nuestra sociedad, comisionado? Ahora haga lo que quiera contra mí, pero mida bien las consecuencias antes de hacerlo, o terminará

arrepintiéndose. Jefe McKern, sólo subí a despedirme. Usted sí es un hombre íntegro y honesto. Por personas como usted, como el capitán Nolan o por compañeros míos, como los detectives Willoughby, Spencer o Hasper, es por lo que lamento dejáis esto para no volver. Pero por desgracia, no es la honestidad la virtud que más prolifera en nuestra bendita policía, ni en sector alguno de esta maldita y corrompida ciudad. Adiós, McKern. Sabe dónde tiene un amigo.

Le tendió su mano abierta, franca y leal. La estrechó con fuerza el jefe de policía, disimulando una vaga sonrisa de afecto y de simpatía. Los ojos penetrantes brillaron, acaso emocionados. Pero se voz sonó firme, entera, al despedirse.

—Adiós, Sam. Estoy seguro de que, pese a todo, volverá un día. Me lo dice el corazón.

—Quizá —resopló amargamente Sam, camino ya de la salida—. Pero si eso llegase a ocurrir, no tendría piedad. Limpiaría de basura nuestro Cuerpo, aunque me fuera en ello la vida.

Y cerró tras de sí, después de dirigir una mirada glacial y agresiva hacia el desmoronado Ballinger.

De todos modos, Sam Daugherty no se iba de allí enteramente confiado. Sabía que tenía muchos y muy malos enemigos. El comisionado Ballinger era uno de los peores. Y aún lo sería más a partir de ahora. Nunca le perdonaría que hubiera sacado sus lacras a la luz, en presencia del propio McKern.

Y Ballinger era capaz de todo, con tal de vengarse y de cerrar su boca. De todo.

Sam iba a saberlo muy pronto, por propia experiencia. Estaba en guardia y rió se fiaba. Pero las cosas iban a ser aún peores de lo que él imaginaba en esos momentos.

Los últimos días habían sido calurosos en exceso. Eso no era una novedad en el verano neoyorquino, pero en las últimas horas, el calor se había tornado excesivamente húmedo, y ése era mal presagio.

El aire de la tarde olía a sulfuro, y negros nubarrones amenazadores se apelotonaban sobre Manhattan, oscureciendo el cielo con sorprendente rapidez.

—Tormenta segura —refunfuñó Sam Daugherty, después de tomarse unas hamburguesas y una cerveza en la cafetería de

Woody, como hacía habitualmente antes de retirarse a su casa o de iniciar un período de servicio—. Y no tardará en descargar...

Su casa aún quedaba lejos. Apresuró el paso, en dirección al aparcamiento situado a una manzana del local de Woody, donde habitualmente dejaba su coche.

No era un lujoso «Cadillac» como el del comisionado Ballinger, porque él no se vendía. No era tampoco un moderno «Chevrolet» como el del teniente Brody Driscoll, porque él no se dejaba sobornar. No era ni siquiera un buen coche, como los que tenían los patrulleros Reagan y McDuff para utilizar cuando terminaban su ronda en el coche patrulla policial, porque él no cobraba bajo mano por parte de prestamistas y de proxenetas de Manhattan. Y no tenía un apartamento cano o lujoso, como cualquiera de ellos, porque él sólo ingresaba su modesto sueldo de policía y nada más.

Pero Saín sentíase en paz con su conciencia, disfrutando de aquel viejo modelo de seis años atrás, reparado varias veces, y repintado para que pareciese algo mejor de lo que realmente era. Había elegido ser policía por simple vocación. Y porque su padre también lo fue, hasta que, un par de balas disparadas por unos pandilleros, terminaron con él, en un tiroteo entre bandas rivales. Tampoco su padre pudo dejarle una herencia cuantiosa. Había cometido el gran pecado de ser un policía honesto, eso nunca da dinero ni permite prosperar demasiado.

Arriba, en el cielo de Manhattan, sobre las agujas de cemento, acero y vidrio de los grandes rascacielos, tamborileó el sordo bramido del trueno, presagio inevitable de la tormenta.

Sam metió la llave en la cerradura de su coche, cuando gruesos goterones empezaban a martillar las capotas de los coches allí aparcados. Era sólo el presagio de una lluvia posiblemente torrencial. Hacia el norte de la ciudad, el cielo se teñía con el fulgor cárdeno de las chispas eléctricas.

—Al menos, dormiré bien esta noche —gruñó entre dientes Sam—. Me gusta sentir la lluvia en los cristales cuando tengo sueño y cansancio...

Hablaba consigo mismo, sin pensar en tener interlocutor alguno con el que cambiar impresiones. Sin embargo, de repente, sintió algo duro y metálico hincándose en sus costillas, al tiempo que una agria voz, chirriante, le conminaba con tono de pocos amigos:

—¡Las manos hacia arriba, pronto! ¡Apóyese en el coche y no intente nada, o le vuelo la cabeza!

Sam sabía muy bien cuándo debía obedecer una orden así, porque él mismo la había dado muchas veces, y de mediar desobediencia por parte del conminado, la orden era tajante: disparar sin contemplaciones.

De modo que obedeció, mientras alguien plantaba ante sus ojos una placa policial para identificarse. A sus espaldas había dos hombres. Uno le encañonaba. Otro le registró con eficiencia y rapidez, al tiempo que gruñía:

—Vaya, si es un viejo cantarada, un antiguo colega. De modo que metido en asuntos feos, ¿eh, Daugherty?

—No sé de qué habláis —replicó, sin volverse, pegado a su coche obedientemente, para no darles pretexto alguno que les permitiera apretar el gatillo del arma—. Si os han enviado para hacerme caer en una trampa, la cosa no ha salido bien. No pienso resistirme. Ni siquiera llevo un arma. Ya no soy policía.

—Oh, muy cierto —rió uno de ellos—. Eso lo sabemos. ¿Para qué seguir cobrando un sueldo de miseria y gastar suelas de zapato en deambular por ahí cumpliendo órdenes, si uno tiene ya el riñón bien forrado con el dinero fácil de las drogas, hermano?

—¿Drogas? Vamos, vamos, eso está muy gastado. Si alguno de los sucios bastardos de vuestro grupo ha metido drogas en mi coche, no va a costarme mucho probar que todo esto es una sucia trampa, montada por Driscoll o por el comisionado Ballinger —habló Sam, despectivo.

—Nada de eso, hermano —se mofó uno de ellos, mientras la lluvia arreciaba y los truenos y centelleos, allá en el negro cielo, se hacían más y más frecuentes—. La mercancía se encontró en tu propia casa, bien escondida en el renovador de aire, tras la rejilla, no hace aún dos horas... Y el paquete de heroína tenía tus huellas dactilares en todas partes... ¿Qué dices a eso, hermano?

Sam apretó los labios con ira, mientras era empujado dentro del coche patrulla que, como se había temido desde el principio, era conducido por los patrulleros Dick Reagan y Jefí McDuff, dos sucios tipos vendidos a los hampones y proxenetas de la ciudad, capaces de apalear, hasta casi matarlo a un pobre vagabundo o a una chica de la vida nocturna, mientras a los rufianes y a los homosexuales les

mimaban a cambio de jugosas sumas.

Tal vez los patrulleros no hubieran olvidado aún que habían estado suspendidos de empleo y sueldo dos meses, por una denuncia de Sam Daugherty ante sus superiores, y de la que salieron bien librados gracias al comisionado Ballinger.

Y si no lo habían olvidado, ahora era el momento de demostrarlo. La burda trampa de introducir heroína en su apartamento no resistiría el más leve análisis. Y eso, ellos lo sabían tan bien como el que les había encomendado este juego.

Por tanto, ¿qué esperaban conseguir con todo aquello...?

Pronto lo supo. Cuando, repentinamente, los patrulleros detuvieron su coche en un callejón oscuro, abrieron la portezuela y, con una helada sonrisa, le invitó el feo cara de viruelas de McDuff:

—Está bien, hermano, puedes largarte. No creo que escapes de la ciudad. Pero preséntate mañana en el Departamento. El comisionado Ballinger se encarga personalmente del caso. Si no acudes, se dictará orden de detención contra ti, ¿está claro? Ahora, buenas noches, renegado.

Todo parecía natural. Demasiado natural. Sam Daugherty sintió un frío ramalazo recorriéndole la espina dorsal cuando comprendió el juego. Apenas saliera del coche, harían fuego sobre su espalda. Luego, el informe sería escueto, al dar cuenta de su muerte en el Departamento de Policía:

—Intentó escapar. Saín Daugherty no era tan limpio como parecía. Había drogas en su casa. Se asustó, y saltó del coche. Tuvimos que disparar.

Apretó los labios, haciendo funcionar con rapidez su mente. McDuff aún mantenía la mano sobre la culata de su negro revólver reglamentario. No tardaría ni un segundo en desenfundarlo y abrir fuego sobre sus espaldas.

Al volante, Reagan se limitaba a sonreír duramente, mirándole por el retrovisor con ojos burlones.

—Vamos, vamos, Sam —le invitó éste—. ¿A qué espetas? Tenemos otros trabajos que hacer. No somos tan malos como nos creías. Eres un excolega y eso basta. Al menos, ve a dormir tranquilo a casa. Mañana, seguro que arreglarás el asunto fácilmente con el comisionado. Todos hemos de ayudarnos, compréndelo. La ropa sucia se lava en casa...

Todo muy convincente, muy paternal. Pero las balas, cuando le agujereasen el cuerpo, no tendrían nada de amistosas. Ellos sabían que él entendía su juego. Sólo que no podía hacer nada por, impedirlo.

—Va a llover muy fuerte esta noche —suspiró McDuff, torciendo su rostro salpicado de huellas de la viruela, con un gesto hosco—. No te entretengas más, hermano. Tenemos trabajo en otros sitios.

Sam puso un pie en el estribo. Se dispuso a bajar a la calzada, aunque sabía que hacerlo era morir.

CAPÍTULO II

De repente, disparó hacia atrás su pierna. El fuerte zapato pegó con aspereza en la mano de McDuff, y éste vio volar el revólver pavonado de sus dedos doloridos. Emitió un gruñido, antes de que el codo de Sam, disparado hacia atrás, casi simultáneamente a su pierna, le alcanzase en la nariz, con un chasquido desagradable de su ternilla, que se quebró, empezando a chorrear sangre copiosamente por ambas fosas nasales.

Maldijo entre dientes Reagan, soltando el volante para tomar su propia arma, cuando ya Sam Daugherty, fuera del automóvil, abría la portezuela delantera y, anticipándose al segundo patrullero, le asestaba un formidable directo a la sien, que lo derribó sobre el volante, como fulminado por uno de aquellos rayos que, en la distancia, centelleaban, desgarrando el negro cielo y dibujando agriamente el perfil rígido de los rascacielos contra la noche borrascosa súbitamente oscura y ceñuda.

La lluvia empezaba a ser torrencial sobre la ciudad. El bramido de un trueno hizo temblar incluso el automóvil de los patrulleros, cuando el ensangrentado McDuff, tanteando en el suelo del coche, lograba hallar el revólver, y juraba soezmente cutre dientes, pugnando por abrir la portezuela y salir detrás de Sam.

Daugherty desgarró de un tirón los cables de contacto del coche, y, con un puntapié escalofriante, pulverizó los vidrios irrompibles del parabrisas, dejándolos convertidos en blancuzca nieve cristalina, que cegarían a cualquier conductor.

Luego, se revolvió, desde el asiento delantero, y alcanzó a McDuff con un impacto de su mano, en forma de hacha, utilizando para ello sus conocimientos de karate.

McDuff sintió en su boca y nariz aquel formidable golpe de canto duro y demoledor como un hachazo, vomitó sangre y dientes y se derrumbó como un fardo sobre ambos asientos, quedándose

inmóvil.

Sam se alejó con rapidez del coche patrulla, que difícilmente podría ser dirigido en su persecución, aunque Reagan se recuperase, puesto que reparar el contacto del encendido y hacer un puente llevaría tiempo. Y, por otro lado, conducir con el parabrisas convertido en una superficie blancuzca y escarchada, sería como suicidarse, con el asfalto tan resbaladizo como la lluvia lo estaba dejando.

Sam Daugherty, al alejarse, miró su reloj. Eran cerca de las nueve de aquella noche del mes de julio. Había salido bien librado de una fea y cobarde emboscada, tendida por sus propios excolegas de la policía. Esto iba a costarle caro a alguien. Era una declaración de guerra, y sabía que no iba a serle fácil enfrentarse a tan peligrosos enemigos, pero él jamás se rendía.

Llovía tan fuertemente, que hubo de buscar refugio en un bar cercano, donde trabajaba una muchacha amiga suya. Pidió un *bourbon* seco, con hielo, y se metió en la cabina telefónica mientras Wendy, la pelirroja camarera, le preparaba el pedido.

Llamó a Homicidios. Logró establecer contacto con el jefe McKern, a quien refirió en pocas palabras lo sucedido con los patrulleros. Le oyó jurar sordamente, con auténtica ira, antes de que le replicase con voz preocupada:

—¿Está seguro de que eran realmente Reagan y McDuff, Sam?

—¿Seguro, dice? —Daugherty soltó entre dientes una risa casi macabra—. Ya se enterará cuando les vea la cara a los dos, capitán. Sobre todo, a McDuff. Parecerá un mapa, esté seguro de ello...

—Sam, me inquieta lo relativo a ese alijo de droga. Si Driscoll prueba que usted puso sus dedos en él...

—¿Es que no lo entiende? Debió usar alguna bolsita de las que yo requisé en la muerte de los hermanos Dallara... Tal vez la guardó en plástico, para conservar amorosamente mis huellas, pensando en algo así. Eso no significa nada, capitán, y usted lo sabe.

—Claro que lo sé —refunfuñó agriamente McKern—. No creo que usted se dedique ahora a traficar en heroína, pero eso el juez no lo sabe. Quizá le metan en serias dificultades. Lo de esta noche ha sido un feo aviso, Sam.

—Y tan feo. Podría estar ahora acribillado a tiros, considerado

culpable de evasión, y de tráfico de drogas. Habrá cosas peores, lo temo.

—Yo no puedo ayudarle ya. No es usted policía. ¿Qué piensa hacer?

—No sé. Tal vez largarme de esta asquerosa ciudad. Volver a dónde nací, y vivir respirando aire limpio. No tuve tiempo de pensarlo.

—Pues piénselo, y rápido. Hablaré con esos dos patrulleros, pero me temo que van a ser más altos y fuertes sus enemigos que Reagan y McDuff.

—Eso, seguro.

—¿Dónde está ahora?

Se lo dijo, añadiendo que no pararía allí más de diez minutos o un cuarto de hora. El jefe le pidió que se quedara veinte minutos y, tal vez, le llamase en ese período de tiempo. En caso contrario, lo haría a su apartamento, más tarde.

No muy tranquilizado, Sam colgó. Al volver al mostrador, el hielo se había derretido en el *bourbon*. Wendy leía, poniendo dique al coqueteo de un tipo rubio y pecos, situado al otro extremo de la barra, y acudió rápida cuando él se acomodó en una alta banqueta.

—¿Todo marcha bien, caballero andante? —sonrió ella, inclinándose sobre la superficie bruñida del mostrador.

—No del todo —gruñó Sam—. He abandonado mira baido, mi yelmo y mi espada para siempre.

—¿Eso qué quiere decir, traducido al cristiano? —rió ella.

—Que ya no soy un polizonte aburrido y amargado —refunfuñó Sam.

—No hablarás en serio...

—Nunca lo hice más en serio en mi vida —apuró media dosis de *whisky* con desgana—. Maldita sea, estaba harto de muchas cosas. Y lo dejé. ¿Eso es tan malo, preciosa?

—No, no. Si tú lo elegiste así... —Ella se encogió de hombros, mirándole pensativa—. Igual me da salir a bailar con un policía que con un tipo con otro oficio..., sobre todo si ese tipo se llama Sam Daugherty.

—Gracias, Wendy —señaló cariñosamente un «gancho» al suave mentón de la bella camarera—. Eres una de las pocas cosas limpias y sanas que quedan en este vertedero de asfalto y cemento. Ah, y

además de eso, eres bonita...

—Estás muy galante —rió ella, inclinándose sobre el mostrador y guiñándole un ojo graciosamente. Pero Sam no pudo evitar mirar a sus pechos antes que a sus ojos. La visión, a través de su descote, resultaba demasiado atractiva y amplia como para despertar esa tentación en cualquier hombre. Y a Sam Daugherty no le gustaba luchar contra las tentaciones, cuando éstas eran provocadas por unas formas de mujer como aquéllas.

—No lo creas —rezongó él—. En realidad, estoy que muerdo.

—Sí, eso me pareció al verte entrar en la cabina telefónica. Por ello me sorprendió más tu galantería.

—Tú no tienes la culpa de que dos puercos policías, indignos de serlo, hayan intentado agujerearme el cuerpo, esta noche. Ni creo que pueda hacerte responsable de que esta ciudad sea una auténtica basura.

—¿Tan mal te parece Nueva York? Yo vine aquí soñando en conquistar la ciudad, y ser una gran «estrella» del espectáculo. Pero no servía o no tuve suerte, y aquí me tienes, despachando café y hamburguesas, Sam. Y no por ello culpo a la ciudad de nada.

—Tú no conoces bien a la gente de esta inmunda cloaca —graznó Sam, sacudiendo la cabeza con desaliento. Miró su reloj. Eran las nueve y diez minutos. Esperaría hasta las nueve y media, por si el jefe McKern le llamaba. Pero estaba seguro de que sería tiempo perdido.

El jefe McKern no podría hacer gran cosa por él, si los adversarios que le combatían ferozmente ahora, sin darle cuartel, eran tan importantes como imaginaba. De repente, Nueva York se había convertido para Sam Daugherty en una auténtica jungla, en la que él era la presa de un buen puñado de alimañas implacables. Ésa era, en concreto, la situación.

—Siento que ya no seas policía, Sam —dijo Wendy, volviendo a situar ante él sus bien desarrollados pechos, tras haber servido unos cafés al otro lado de la barra—. Eso quizá signifique que voy a verte menos por aquí.

—¿Y lo sentirás?

—Me caes bien, Sam. Sí, me gusta verte con frecuencia —sonrió la muchacha de los cabellos rojos.

—Gracias, preciosa —suspiró Daugherty—. La vida no siempre

nos ofrece su lado malo, después de todo. Tus palabras me hacen sentir mucho mejor. Ponme otro *bourbon*, mientras espero una posible llamada...

—¿Estás intentando que el alcohol levante tu moral?

—Es posible —rió el exdetective—. Ahora ya no tengo horario de servicio y puedo beber cuando me parezca bien. Eso es lo que saldré ganando, después de todo.

—No eres sincero contigo mismo. Te duele tanto tu separación del Cuerpo, que quieres engañarte con excusas que ni tú mismo sientes.

—Eso es cierto —contempló el bailoteo de los cubos de hielo en el nuevo vaso de ambarino líquido y torció el gesto—. Nunca lo hubiera dejado, si he de serte sincero. Amo mi profesión, como la amó mi padre hasta morir. El me pidió siempre que fuese digno de ella, y que, si sentía su misma vocación, no renunciara jamás a esa profesión, a menos que algo en ella pudiera defraudarme profundamente, o mi conciencia me dictara una decisión dolorosa.

—¿Y ha sido así?

—En efecto. Ha sido así, Wendy. Desgraciadamente, ha sido así. Yo tenía de niño el concepto de que un policía era una especie de caballero andante, que iba por el mundo deshaciendo entuertos y ayudando a los demás a resolver sus problemas y salir de peligros y dificultades, por simple altruismo. He tardado demasiado tiempo en comprender que las cosas distaban mucho de ser así. Y que incluso entre nosotros... bueno, quiero decir, entre los policías, hay gente indigna y miserable, que estaría mejor en presidio que luciendo por ahí una placa y llevando un arma, para abusar muchas veces de la autoridad de que están investidos.

—Pero no siempre es así, Sam, afortunadamente. —No, no siempre es así. Estoy yo, están algunos otros que dignifican nuestra profesión... Pero con uno, uno solo que sea como te digo, es suficiente para que uno se sienta deshonrado y defraudado, Wendy.

—Creo que eres demasiado duro con todo. Exiges demasiado a la gente, olvidando que, incluso un policía, por encima de su profesión, es ante todo un simple ser humano, con todos sus defectos y virtudes.

—Si todos tratáramos de ser igualmente duros, es posible que habría menos casos de prevaricación, soborno y coacción de los que

hay en nuestro Cuerpo. Peto dejemos eso. Discutir sobre ello, no conduce a nada. Un tumor sólo se extirpa quirúrgicamente. Y no sé de nadie lo suficientemente buen cirujano como para platicar tal intervención en ese cuerpo enfermo...

Había apurado ya con rapidez su segundo *bourbon*, y echó una mirada aburrida a su reloj.

—¿Ya te vas?

—Sí. Guarda el cambio. Estoy cansado. Creo que es mejor irme a casa.

—Está lloviendo mucho —las luces oscilaron violentamente, pareciendo que iban a apagarse. Su descenso brusco de luminosidad se prolongó cosa de dos segundos, y luego recuperó su nivel normal, mientras afuera estallaba un trueno parecido a la bomba atómica, y el fulgor lívido del chispazo eléctrico se extinguía en las calles neoyorquinas—. ¿Por qué no esperas un poco más?

—Está bien. Aguardaré unos minutos, pero no creo que valga la pena hacerlo, salvo porque tú me lo pides, Wendy.

—Eres muy amable —sonrió ella, poniendo un par de dedos de *bourbon* en el vaso, junto con unos cubitos de hielo—. Toma, invita la casa. Pero prométeme que será el último que tomes esta noche.

—Prometido —alzó solemnemente su mano abierta Sam Daugherty, riendo entre dientes—. Lo dicho, preciosa. Eres un ángel...

Bebió mientras la muchacha sonreía, alejándose para atender a dos clientes que, con los impermeables chorreando agua, brillantes como charol, se refugiaban ahora en el pequeño bar, maldiciendo con todas sus fuerzas a la inclemente noche. Algunas ráfagas de luz de los faros de los automóviles, allí fuera, revelaban la cortina de lluvia y la ausencia de peatones, así como la reducción del tráfico en las calles de Nueva York.

La televisión, al fondo de la casa, estaba transmitiendo un amplio reportaje sobre Jacqueline Kennedy, viuda de Onassis, en relación con la venta de la mansión donde ella naciera y se criara, por parte de su madre. Un par de chicas dudosas que comían unas hamburguesas ante el televisor parecían muy interesadas en la noticia.

Bostezó Sam, mirando la vacía cabina telefónica, mientras saboreaba la invitación de Wendy, cuando ocurrió.

Repentinamente, hubo una llamarada azul en el exterior, una descarga eléctrica mucho más poderosa que todas las anteriores. El voltaje eléctrico sufrió un brusco descenso, mientras el trueno estremecía hasta los cimientos mismos de los rascacielos y hacía trepidar las cristaleras del local.

Luego, la luz se extinguió totalmente. La pantalla del televisor se apagó reduciéndose vertiginosamente el rectángulo fluorescente hasta la oscuridad total.

En el exterior, la oscuridad se hizo absoluta, como si, de repente, un manto de tinieblas se hubiera precipitado sobre toda la zona.

Eran las nueve y treinta y cuatro minutos, exactamente, de aquella noche del 13 de julio de 1977 en la ciudad de Nueva York.

CAPÍTULO III

—Las emisoras de radio no transmiten. Ninguna... —dijo con sorpresa la voz de Wendy, tras probar fortuna en un pequeño transistor, situado en una estantería de botellas del bar—. Es extraño...

—Nunca vi más oscura la ciudad —comentó un cliente—. Al menos, desde aquella famosa noche de 1965. Pero claro está, esas cosas no se repiten... Debe ser lamente una avería local, por causa de la tormenta.

Sam Daugherty frunció el ceño. Se encaminó a la milicia. Asomó a lo calle, pese al aguacero que empapó los cabellos y ropas. Miró a la distancia, más allá de los altos rascacielos, al denso nublado. No captó el menor reflejo de luz, próximo o lejano, mirase adonde odiare. Al parecer, todo Manhattan estaba en sombras.

—No me gusta esto —comentó, entrando en la cabina telefónica, sacudiéndose como un perro mojado. Marcó un número telefónico. Nadie le contestó. Colgó, marcando otro. Esta vez sí tuvo respuesta:

Precinto 23 —dijo una voz—. ¿Quién llama?

—Soy Sam Daugherty, de Homicidios —dijo—. ¿Esta Moore?

—No, Sam, no está. Soy Baker. ¿Quieres algo?

—Sí, Baker, por favor. ¿Qué sabes de este apagón? No veo una luz en parte alguna. ¿Qué zona es la afectada?

—No lo sabemos aún exactamente, Sam, pero los indicios no son bueno, juraría que el apagón lo afecta *todo*.

—¿Todo?

—Eso es. Toda la ciudad. O gran parte de ella.

—Cielos... Gracias, Baker. Hasta otra.

Salió. La calle estaba como boca de lobo. Sólo se oía el tamborileo de los truenos y el rápido deslizar de los automóviles en la negrura, con ramalazos de luz de sus faros, resbalando sobre las fachadas en sombras. Comenzaban a escucharse, por doquier,

conciertos de claxon y frenazos bruscos.

—Me temo que la cosa está fea —dijo Saín a los que permanecían en el bar, y que le miraban, expectantes. Wendy había encendido una lámpara de petróleo, que daba una claridad amarillenta al establecimiento—. No sabemos de ninguna zona que tenga luz... al menos por el momento.

—¡Cielos! —gimió alguien—. Nueva York entero sin luz... No quiero ni pensarlo. Si esto dura, con la gentuza que anda suelta por ahí, esto puede ser una noche trágica...

Daugherty no dijo nada, pero su fruncimiento de ceño era expresivo. Cambió una mirada de incertidumbre con Wendy. La joven camarera parecía también preocupada.

—Ha habido varios asaltos últimamente en esta zona —comento ella—. Y eso que había luz sobrada...

—Menos mal que tenemos a un policía con nosotros —señaló un cliente habitual, con tono de alivio—. Verle a usted aquí ahora, Sam es confortable, cuando menos.

Sam no quiso desilusionarle, explicándole su renuncia al puesto. Las cosas estaban ya demasiado incómodas para empeorarlas más aún.

Wendy, que en aquellos momentos seguía dando giros al dial del pequeño receptor de radio en busca de música e noticias, captó una voz que se elevó repentinamente en el silencio del bar.

«Transmitiendo por su emisora de emergencia, notifica a sus oyentes, que, hasta el momento, las noticias afectan a toda la ciudad de Nueva York y zonas limítrofes, y el apagón se considera virtualmente completo en el área urbana, mucho más extendido que en el anterior incidente de noviembre de 1965. Datos, sin confirmar aún, hablan de una posible chispa eléctrica que ha afectado, durante la tormenta que descarga ahora sobre Nueva York, en aroma subcentral próxima a la ciudad causando graves daños a los transformadores, pero repetimos que se trata sólo de rumores, y que nada puede ser confirmado en estos momentos de confusión. Lo que sí parece haberse producido, es la inmovilización de líneas de Metro, trenes, emisoras de radio y televisión, y seguramente infinidad de aseen sores de los edificios, con personas en su interior. Las llamadas de socorro a bomberos y policía crecen por momentos, y lo que más se teme es que, en ciertos barrios conflictivos de la

urbe, puedan producirse violencias, pillaje y agresiones, aprovechando la oscuridad. Les iremos informando de cuantas novedades se produzcan, pero, como medida de estricta seguridad, aconsejamos a todos los ciudadanos que permanezcan en sus casas, sin salir a la calle, salvo en caso de extrema gravedad...»

Se miraron los presentes, con cierta expresión de temor creciente. En alguna parte, allá en la calle, estallaron de repente las vidrieras de algún edificio. Se escucharon gritos, carreras y golpes. Luego, nuevos destrozos de cristales.

Daugherty corrió a la puerta, enarbolando una botella por el gollete, como única arma de que podía disponer en ese momento. Una simple mirada le bastó.

Un grupo de mozalbetes acababa de destrozar las cristaleras de un establecimiento cercano, dedicado a la venta de electrodomésticos, y ahora estaban haciendo acopio de tocadiscos, televisores portátiles, máquinas de afeitar y transistores. Algunos jovenzuelos más, corrían hacia el establecimiento para aprovecharse de la ocasión.

Daugherty encajó las mandíbulas, furioso. Lamentó no tener su arma y su placa en esos momentos. Aun así, no pudo dejar de intervenir en el pillaje. Un hombre, o era policía o no lo era. O tenía conciencia, o no la tenía.

—¡Eh, alto vosotros, en nombre de la ley! —rugió lanzándose bajo la lluvia en dirección al grupo, con la botella por todo arsenal.

—¡No, Sam, vuelve! —le gritó Wendy, angustiada—. ¡Son capaces de matarte!

—Vamos, vamos, Wendy. ¿Matar a un policía armado de revólver? —dudó un cliente—. Puede ahuyentarles con un solo disparo al aire, seguro...

—Oh, ¿es que no lo entienden? —gimió la camarera—. ¡Sam ya no es policía, no va armado!

Los clientes, sobrecogidos, se precipitaron hacia los ventanales, para ver lo que podía hacer Daugherty con la pandilla de salteadores.

Los faros de un automóvil que se vio obligado a frenar para no arrollar bajo sus neumáticos a tres de aquellos muchachos, les mostraron a Daugherty, atacado por tres o cuatro de los jovenzuelos.

Sin vacilar, Sam estrelló la botella en la cabeza de uno, que cayó como fulminado. Sostuvo en sus dedos el gollete astillado, que dirigió a un segundo atacante, provisto de navaja. Eludió el tajo violento, dirigido a su costado, y le clavó los vidrios brutalmente en el rostro. El aullido del herido sonó como el grito de un cerdo en el matadero, y la cara del jovenzuelo era como un amasijo de sangre, carne cortada y vidrios, cuando se derrumbó en brazos de otro compinche, que le miró, a nado, soltándole justo cuando el conductor del automóvil asustado, pisaba a fondo el acelerador, poniendo en marcha a una velocidad escalofriante.

Bajo los neumáticos, chascó el cuerpo del joven del toco herido, reventados sus huesos y entrañas por el atropello. El compinche, alcanzado por el guardabarros violentamente, saltó atrás, yendo a empotrarse en el escaparate, con enorme destrozo de aparatos de televisión y de su propia persona, que quedó hecha un pingajo humano entre vidrios y objetos, chorreando sangre por el profundo corte que el guardabarros había producido en su rodilla y fémur, mientras exhalaba lastimeros gemidos de dolor, a los que nadie hacía caso.

La furia del solitario atacante disuadió a los mozalbetes de seguir intentando el pillaje y, con los objetos obtenidos en el primer asalto, se alejaron a la carrera, en las calles repentinamente convertidas en un dédalo de sombras impenetrables.

Una sirena policial sonaba en la distancia, pero no se dirigía hacia allí. Sam Daugherty resopló, tirando el ensangrentado gollete y sacudiendo con pesimismo la cabeza.

—Chusma maldita... —jadeó—. Saldrán por todas partes, como ratas. Lo destruirán todo, si esto dura mucho. No hay suficientes policías en la ciudad para impedirlo. Ni siquiera contando a los que no son honrados, maldita sea...

Regresó al bar de Wendy, abatido, sin importarle las salpicaduras de sangre en sus ropas, ni la presencia de los cuerpos inertes en el asfalto.

Ella le esperaba con los ojos brillantes de excitación, la carita pálida y demudada, teléfono en mano. Los clientes, mudos de admiración, se limitaron a seguirle con la mirada.

—Sam, te llaman de Homicidios —dijo ella, con sencillez—. Es el jefe McKern. Se trata de algo muy ingente, ha dicho...

—Gracias, preciosa —sonrió cansadamente Daugherty, tomando vi teléfono—. ¿Si, jefe?

—Gracias al cielo que se pone, al fin Sam —resopló la voz de McKern—. ¿Qué diablos ocurría ahí?

—Un grupo de mocosos navajeros. Asaltaron una tienda de electrodomésticos y se llevaron de todo, intenté evitarlo.

—Pero usted, no lleva armas ahora, Sam.

—Claro que no. Utilicé una botella. No es ortodoxo, ni siquiera decente, pero no tenía otro remedio jefe. Le abrí la cabeza a uno, le hice un mapa en la cara a otro, a quien a su vez despanzurró luego un automóvil al atropellarlo. También un tercero resultó herido por el coche, y está hecho una pena dentro del escaparate de la tienda. Los demás huyeron, llevándose de todo.

Buen trabajo, Sam. Es usted único cuando quiere. Pero no pudo evitar todo el pillaje que ya se ha iniciado en la ciudad, como una epidemia. Si este apagón dura mucho, como temen en la empresa eléctrica, Ta Con. Edison, no sé lo que va a pasar. Pero le necesito *aquí... ¡y ahora!*

—¿A mí?

—A usted, sí, Daugherty. Le necesito para algo mucho más importante que defender tiendas. Usted es un detective de Homicidios... ¡Y hay ahora más homicidios y peligro de que los haya que nunca! Su puesto está aquí.

—Usted olvida, jefe, que yo...

—¡Sam Daugherty, yo no olvido nada ahora! —rugió McKern—. ¡Estoy dirigiéndome a un policía honesto, que hace falta a la sociedad, ahora más que nunca, cuya baja no ha dado tiempo de tramitar aun oficialmente! Por tanto, a todos los efectos, y en una emergencia de la gravedad de ésta, usted sigue siendo detective de mi división, está obligado a presentarse, tomar su placa y su pistola, y salir a impedirlo a resolver casos de homicidio de la máxima gravedad. ¡Y juro por Dios que lo hará usted... o yo mismo lograré meterle tan hondo en el pozo, que nunca más pueda salir de él!

Sam reflexionó unos instantes. Luego replicó, seco:

—Jefe, está bien. No, me amedrenta usted. Voy a ir, sólo por conciencia profesional. Será mi último servicio en el Cuerpo, quede eso bien claro. De no mediar este apagón del diablo, nunca hubiera vuelto, sépalo bien.

Colgó con fuerza, abandonó la cabina y miró a Wendy con gravedad.

—Hazme caso. Cierra inmediatamente este local y vete a casa antes de que todo se ponga peor. Tengo fuera mi coche. Te espero para llevarte. No aguardaré más de tres minutos. Date prisa.

—Sí, Sam, creo que será lo mejor —asintió ella, aliviada—. Vamos, salgan todos, por favor. Voy a cerrar, o terminaremos siendo todos víctimas de esas bandas de rufianes.

Poco después Sam dejaba a Wendy en la puerta de domicilio. El breve recorrido del coche de Sam a través de las oscuras calles de la ciudad, resultó dantesco. Patrullas policiales recorrían la zona, intentando impedir violaciones, robos y atracos. Sonaban ya disparos por doquier, y las sirenas policiales empezaban a ser un agrio concierto, que invadía la urbe de extremo a extremo.

—Sam, ten cuidado... —le pidió ella, mirándole fijamente, ya en la puerta de su domicilio.

—Lo tendré —sonrió él, guiñándole un ojo—. Felices sueños preciosa...

—¿Crees que podré dormir mientras dure este horrible apagón? —Fue lo último que dijo ella, al entrar, cerrando la puerta tras sí.

Sam Daugherty puso en marcha su automóvil, aplicándole a su capota la luz giratoria y la sirena de la policía, para evitarse problemas. Luego se lanzó vertiginosamente, en dirección a la División de Homicidios.

Las luces de emergencia de un pequeño equipo electrónico resultaban deslumbrantes, tras haber recorrido parte de Manhattan en plena oscuridad entre simples luces de faros de automóvil, velas y faroles de gas dispersos por los establecimientos públicos.

—Menos mal que al fin veo las caras —dijo con cierta acritud Sam, al penetrar en la división, con paso enérgico—. Es como salir de un mar de tinta, muchachos.

—Menos mal que volviste por aquí —resopló el detective Spencer, que salía en esos momentos disparado hacia la salida, encasquetándose su sombrero flexible color verde oscuro—. Tengo un feo asunto en el Village. Un tipo se ha hecho fuerte en un almacén, después de matar a un camionero y al dueño del negocio... Veremos lo que se puede hacer. Suerte en esta perra noche, Sam. Elegiste mal momento para volver con nosotros...

—No lo elegí yo —refunfuñó Daugherty de mala gaita—. Fue cosa del jefe McKern. Quiere empapelarme, si no colaboro.

—Y seguro que lo hará —rió Spencer, ya en el pasillo—. Pórtate bien y olvida las rencillas. Además, creo que todos vamos a hacer falta esta maldita noche. Las jaurías empiezan a ladrar y morder por ahí. Y cuando se creen más o menos impunes, no hay nada que las detenga, tú lo sabes.

Sam no dijo nada. Spencer ya estaba lejos, dirigiéndose a su destino actual. La lluvia golpeaba las vidrieras del Departamento, pero cada vez con menos fuerza. El temporal decrecía. Sin embargo, la luz continuaba ausente.

El capitán Nolan apareció, con rostro alterado, procedente del despacho del jefe. Traía consigo unas hojas de télex, que agitó ante Sam, con gesto airado.

—¡Lo que nos faltaba, amigo! —rezongó—. En el mismo día, dos desastres para la división: tú te largas, y la luz se va tras de ti. Pero, al menos, tú has vuelto.

—A regañadientes, capitán.

—Como sea, has vuelto —resopló Nolan—. Ven conmigo. Tenemos que hablar. La cosa está fea. Muy fea.

Daugherty siguió a su jefe hasta el despacho. No le pareció casual que su placa y su revólver estuvieran sobre la mesa. Pero de momento Nolan no hizo alusión a ello. Por el contrario, puso ante los ojos de Sam las hojas arrancadas del télex.

—Lee eso —dijo—. Son denuncias urgentes de los Precintos de Bronx. Un encanto, ¿no?

Sam echó una ojeada distraída a las líneas escritas. Captó fugazmente informes de urgencia sobre saqueos, robos, atracos y agresiones. A ese ritmo, si el apagón continuaba, no quedaría un sitio sano en la ciudad.

—Infiernos, es un caos —refunfuñó—. Pero son cosa de los patrulleros.

—Oh, claro, claro. Patrulleros que no saben qué hacer ni adónde ir primero. Pero son cosa de ellos, de SWAT, del FBI y del diablo en persona, si quieres. Sin embargo, echa una ojeada a esto. Tiene miga, ¿no? Y por triplicado además. En una distancia de menos de cuatro manzanas, todo a la vez. ¡Dichosa ciudad...!

Sam no dijo nada. Tomó la hoja que le señalaba su superior.

Arrugó el ceño. Los datos eran escuetos. Le atrajeron, especialmente, los encabezamientos de los mensajes policiales, transmitidos a Homicidios desde los diferentes Precintos del Bronx, con carácter de prioridad absoluta:

FRANCOTIRADOR APOSTADO EN AZOTEA DE EDIFICIO ENTRE GRAND CONCOURSE Y YANKEE STADIUM. CINCO VICTIMAS YA.

LLAMADA DE JULIUS FELMAND, DESDE M. DEEGAN EXPRESSWAY. HA ASESINADO A SU ESPOSA, EN UNA CRISIS NERVIOSA, Y TIENE CAUTIVO AL AMANTE DE ELLA, A QUIEN AMENAZA CON MATAR TAMBIÉN, SI NO SON ATENDIDAS SUS PETICIONES.

UNA TAL PAMELA VAIL TELEFONEO AVISANDO DE LA MUERTE DE SU ESPOSO, A MANOS DE UNOS DESCONOCIDOS. LLAMADA INTERRUPTIDA SÚBITAMENTE, SIN LOCALIZAR. SE BUSCA EN EL ÁREA DE CROSS BRONX Y UNIVERSITY AVENÜE. UN PATRULLERO HALLO UN COCHE ROBADO EN LAS CERCANÍAS, Y UN TESTIGO AFIRMO HABER VISTO BAJAR DE EL A TRES JÓVENES CON CHAQUETAS DE CUERO Y PLÁSTICO.

—Es un galimatías —refunfuñó—. ¿De qué debo ocuparme, capitán?

—No lo sé. Bronx es un infierno ahora. Las patrullas no dan abasto. Los agentes especiales tienen trabajo en otros lugares. ¿Qué tal si te ocupas de *los tres* asuntos?

—¿De... qué? —aulló Sam, mirando escandalizado a su jefe—. ¿Cree usted que yo soy un pulpo, capitán? Sólo tengo dos manos, no diez.

—Ocho —suspiró el capitán Nolan.

—¿Me está tomando el pelo?

—No, Sam. Los pulpos tienen ocho tentáculos, no diez. Por eso les llaman *octopus*.

—Deje la Historia Natural para otro momento. Soy un exdetective, que va a hacerle el último favor a su Departamento, eso

es todo. Deme un caso, pero no tres. Aún no he aprendido a ser Supermán.

—Pues ve tomando lecciones, muchacho —rió Nolan de buena gana—. Los tres casos son tuyos, lo siento. Haz lo que puedas, claro está. No pido milagros. Hay en aquella zona dos buenos patrulleros trabajando. Son el coche patrulla 107. Lo llevan Phil Hendrix y Lou Rocco. Puedes confiar en ellos. Te ayudarán. Si vas para allá, les llamaré para que se pongan a tus órdenes. Con que me salves a algún transeúnte más y me descubras alguno de esos asuntos de cónyuges muertos, irá bien. Ánimo, Sam. Estamos metidos en un buen lío. La compañía de electricidad no sabe cuándo podrá restablecer el servicio. La avería es seria. Y en una ciudad como ésta, cuando falta la luz, puede ocurrir todo. Y nada bueno.

—Lo sé. —Sam tomó al vuelo su placa y su arma—. Supongo que puedo llevar esto conmigo..., al menos por esta noche, ¿no, capitán?

—¿Quién te ha dicho que no? —sonrió Nolan, guiñándole un ojo.

Daugherty agitó una mano, llevándose consigo la hoja del télex, y lanzándose como una exhalación hacia la calle en sombras.

Lou Rocco era un joven italoamericano, de pelo rizado y oscuro, ojos negros y vivaces y complexión robusta. En contraste, Phil Hendrix resultaba más rubio y pálido de lo que realmente era, y su mirada azul parecía más ingenua que la de su compañero de patrulla, aunque pronto comprendió Sam que ésa era una simple impresión engañosa.

—El capitán Nolan nos habló de usted, Daugherty —sonrió ampliamente Hendrix, estrechando su mano—. Nos alegra poder ayudar a un detective íntegro, en una noche como ésta... Bronx parece un manicomio. Y lo malo es que todos los locos resultan peligrosos.

—Lo imagino. —Sam escudriñó el edificio, equidistante del Yankee Stadium y de Grand Concourse Expressway, hacia el que aparecía proyectado un reflector de la policía—. ¿Es ahí?

—Sí, ahí es —asintió Rocco con las manos apoyadas en sus caderas—. El maldito chiflado se ha logrado parapetar tras un respiradero de la calefacción. Tiene un *rifle muy potente, con mira*

telescópica. Acaban de evacuar a su sexta víctima.

—¿Otro muerto?

—No, esta vez no. La luz del reflector debe desorientarlo. Pero tira demasiado bien. Le hirió en el costado. Era un pobre hombre que volvía a su casa, una vez terminado su trabajo nocturno. Es grave, de todos modos.

—Entiendo. —Sam encajó las mandíbulas, clavando sus ojos helados en el lejano tejado, situado a siete pisos de altura sobre la calle—. ¿Saben ya qué clase de tipo es?

—No, no lo sabemos. Pero parece un joven. Uno de esos psicópatas de ahora, que se creen salvadores de la humanidad, a base de matar a todo el que se pone ante su arma.

—¿Nadie ha hablado en la vecindad sobre la posible identidad del tirador? Posiblemente sea alguien que no vive lejos de esta zona.

—Por el momento, nadie dijo nada, pese a que hemos solicitado la ayuda de los vecinos. Todos están amedrentados, metidos en sus casas, por temor a salir a la calle con esta oscuridad. Me temo que no se sientan demasiado propensos a cooperar.

—Sí, es muy posible —los ojos de Sam estudiaron la azotea y sus evidentes dificultades para llegar arriba, sin ser alcanzado por el francotirador allí apostado—. ¿Qué clase de víctimas eligió? ¿Algo en común entre ellas?

—Difícilmente podría elegir con esta oscuridad. Se guía por reflejos, por coches que pasan, por alguna luz en los pisos y cosas así. Bulto que ve, bala que dispara sin vacilar. Vea...

Audazmente, Lou Rocco se movió de su parapeto, tras la esquina donde estaban charlando y cruzó veloz la calle, de modo que el reflector silueteó un momento su figura. Arriba, centelleó un fogonazo. Restalló una seca, potente detonación, y una bala silbó, no lejos de Rocco.

El rubio Hendrix disparó veloz, su revólver hacia allá, y mientras lo hacía repetidamente, levantando estuco y cemento del repecho, Rocco regresó junto a ellos, sin que esta vez hiciera fuego el francotirador.

—Lo mismo le da un policía que un desertor del Vietnam —gruñó Sam, malhumorado—. Es un caso de agresividad indiscriminada. Uno de esos tipos que odian al mundo y sus

defectos. Conozco la especie. Juraría que es un muchacho... o un tipo maduro, a quien desprecian las mujeres. Casi siempre ocurre así.

—Cierto —asintió Hendrix, pensativo, reponiendo las balas de su revólver—. ¿Qué le parece que hagamos?

—Vigilad la zona. No dejéis que dispare sobre nadie. Tenedlo a raya. Y que nadie cruce por la calle o se asome a las terrazas o balcones. No le faciliten su tarea, o marcará más muescas en su haber, muchachos. Yo, entretanto, veré esos otros asuntos. Parecen requerir mayor urgencia. El tiempo y la tensión son los únicos factores que pueden erosionar los nervios de ese tipo. Patrullero Rocco, ¿algo nuevo sobre esa llamada telefónica, la de esa mujer, Pamela Vail, que denunció la muerte de su esposo?

—Nada aún. Hay otra patrulla indagando casa por casa en busca de un matrimonio Vail. Esperamos noticias de ellos.

—¿Dónde se halló el coche robado que abandonaron unos tipos con cazadoras de cuero y plástico?

—Justo a un lado de University Avenue, ante una zona de césped. Hay varias viviendas alrededor.

—¿Buscaron en todas ellas?

—En todas. Algunas están desocupadas. Nadie respondió. La inspección no reveló nada anormal en ellas.

Sam asintió, contemplando las negruras de la noche dantesca. Vio resplandor de incendios en la distancia. Con el aullido de las sirenas, le llegó el sonido de los coches de bomberos y las ambulancias.

—Nueva York se ha vuelto loco... si no lo estaba ya —refunfuñó, sacudiendo la cabeza—. Bueno, vamos a ver a ese marido que mató a su mujer y retiene al amante de ella. ¿Dónde sucedió eso, muchacho?

—M. Deegan Expressway, 1022 —dijo Rocco, consultando con su linterna un cuaderno de apuntes—. El agente Bearle está allí de guardia. No permite que se acerque nadie. El tal Feldman ha amenazado con matar a su prisionero si la policía rodea la casa. Bearle está oculto a su vista.

—¿Vive aún el amante?

—Al menos, le ha hecho gritar dos o tres veces, para que avise por sí mismo a la policía, y nadie se acerque al edificio. El tipo

parecía realmente asustado. Dijo que tenía el cañón del revólver en la barbilla, y que en cualquier momento el chiflado de Feldman le volaría los sesos sin vacilar. Así se expresó, exactamente. Incluso sollozaba.

—Le comprendo. —Sam hundió sus manos en los bolsillos. A la luz del reflector policial, contempló el gotear de la lluvia, ya muy amortiguada, en unos negros charcos, como si fuesen algo de gran interés para él—. ¿Qué se sabe del tal Feldman?

—Lo que dijeron los vecinos. Tenía frecuentes disputas con su mujer. Esta noche la pelea fue muy fuerte. Apenas llegó el apagón, oyeron un disparo de revólver. Nadie sabe cómo cazó al amante, o si es que sorprendió a ambos en su casa, ya que él trabajaba habitualmente de noche, a alguna distancia de aquí.

—¿Ella tenía mala fama?

—Era mucho más joven que él. Y más atractiva, claro. Feldman es un tipo maduro, medio calvo, nada arrogante. Parece un eterno fracasado. Ella era llamativa, frívola... Y el amante dicen que es joven y guapo, un auténtico *gigolo* ahora está pagando caro su éxito con las mujeres.

—Está bien, veré lo que puedo hacer por evitar un segundo homicidio. —Sam echó a andar hacia M. Deegan Expressway, y, de repente, antes de que los patrulleros pudieran imaginarlo siquiera, salió a descubierto, y apuntó con su arma hacia la azotea.

Inmediatamente rugió un rifle con aspereza y una bala maulló no lejos de Sam, que se había movido veloz nuevamente, arrancando fragmentos de piedra de la esquina. La réplica del Daugherty fue un disparo de su arma reglamentaria, hacia las sombras del edificio.

Rocco y Hendrix le miraron, asombrados, mientras disparaban para cubrirle, en tanto él sonreía, reanudando su marcha a refugio de los disparos del francotirador.

—¿Qué es lo que hace, Daugherty? —se escandalizó Rocco—. Pudo haberle alcanzado.

—Claro que pudo —rió Sam entre dientes—. Y no lo hizo. Eso, en un buen tirador, denota nerviosismo, imprecisión. El paso del tiempo, la oscuridad y todo lo demás, empieza a hacer mella en sus nervios. Ya es algo. Quise probar que mis suposiciones al respecto eran ciertas.

—¿Y... si no lo hubieran sido? —objetó Hendrix.

Sam se encogió de hombros alejándose.

—Siempre hay que correr riesgos —fue todo lo que dijo.

CAPÍTULO IV

—Es allí —señaló el agente Bearle con decisión—. Tiene luz.

Sam asintió, estudiando la ventana iluminada por fuerte claridad azul. Había otras ventanas en la casa, pero ofrecían una luz más tenue y difusa.

—¿Gas? —indagó.

—Sin duda. Una de esas lámparas de *camping*, pero bastante potente —afirmó el patrullero que montaba servicio, revólver en mano, frente a la casa—. Corresponde a la cocina. Allí tiene a su esposa muerta. Y a su prisionero, el amante de ésta.

—¿No hay modo de llegar hasta el piso sin que él lo advierta?

—Dijo que tiene abierta la puerta de la cocina. Los pisos son muy pequeños, y se domina perfectamente, desde allí, la puerta de entrada y el *living*. Si alguien intenta forzar esa puerta, Feldman disparará sobre el hombre. Está como enloquecido.

—Sí, lo supongo. ¿Ningún otro medio factible para llegar a esa cocina, de modo que pueda impedirse que dispare?

—Ninguno. La cocina tiene una salida de humos, pero nada más. Tan angosta, que no cabe por ella ni un niño de siete años. No hay ventanas, salvo esa de ahí. A la vuelta de la esquina, está otra ventana que da al comedor *living*, y una tercera más allá, al dormitorio.

—Se podría intentar por allí, en todo caso...

—No es nada sencillo. La casa de enfrente es un edificio de oficinas, véalo, señor. Todos sus muros son grandes cristaleras. A causa de la oscuridad, se convierte en una especie de enorme espejo, que refleja todo lo que abarcan esas dos fachadas del edificio de apartamentos. Feldman ha dicho que vigila a través de esos cristales. Si ve ascender o descolgar a cualquier agente, matará a Hooper. Jerry Hooper se llama el amante...

—Podríamos cegar esos espejos con reflectores de coches

patrulla...

—Ya lo ha pensado él también. No es ningún tonto, aunque esté chiflado. Dice que si se deja de reflejar su vivienda en ese edificio, por la razón que sea, hará fuego. Tiene su revólver pegado al mentón del tipo.

—¿Y éste... qué hace?

—Nada, que yo sepa. Creo que le hizo atarse a sí mismo, y luego apretó los nudos con una mano y los dientes. Usó cable eléctrico, de modo que no le será fácil desatarse, y menos con un arma amartillada, tocando su cara. El pobre diablo debe estar muerto de miedo.

—Esa situación puede prolongarse horas —señaló Sam, ceñudo—. Y cuando se reintegre el suministro eléctrico a la zona... ¿habrá reflejo tan nítido en esas vidrieras vecinas?

—Posiblemente no, ninguno apenas.

—Eso bastará para que apriete el gatillo.

—Sí, me temo que sí, señor —aceptó el patrullero.

—Bueno, pues hay que hacer algo —silabeó Daugherty, de mala gana—. ¿Cómo han dialogado con él hasta ahora?

—Primero, por un megáfono. Luego, permitió que un vecino se aproximara a la puerta del piso y hablase a través de ella. Fue todo lo que permitió. Y sólo dos minutos.

—Será preciso dialogar de nuevo —refunfuñó el detective.

—No querrá.

—Lo intentaremos, cuando menos —tomó el megáfono del patrullero, y elevó la cabeza, mirando a la ventana abierta, de intensa luz azul. Llamó—: ¡Eh, Feldman! ¡Escuche!

Hubo una pausa. Luego, una voz aguda llegó hasta él, desde la tercera planta del edificio:

—¿Qué diablos quieren ahora? ¡No tengo ya nada que escuchar, y menos aún que decir!

—Feldman, yo no he hablado aún con usted. Soy Sam Daugherty, de Homicidios. Estoy ahora aquí para dialogar amistosamente con usted.

—¡Amistosamente! —chilló la voz, sin que nadie asomara—. ¡Cuentos, polizonte! ¡Lo que quieren es distraerme para cazarme como a un incauto! ¡Se equivoca, por muy detective de Homicidios que sea! ¡No voy a tragar el anzuelo! ¡No permitiré que nada ni

nadie me distraiga! ¡Intenten subir aquí a reducirme, y este bastardo morirá!

—Escuche, Feldman, sé cuál es la situación. No voy a discutir con usted ese punto. No pretendo distraerle. Sólo saber sus pretensiones.

—¿Pretensiones? ¿Qué pretensiones?

—Bueno, siempre se hace algo por algo. Usted no pensará pasarse ahí la vida con ese otro tipo, hurgándole la barbilla con un revólver. Tendrá alguna vez sueño, sed, fatiga, hambre o agotamiento. ¿Qué hará entonces?

—Eso no llegará. Sé que no hará falta tanto tiempo. Esta maldita oscuridad... Empezó todo con ella. Yo llegué antes a casa. ¡Los encontré acostados juntos! ¡A mi amada Hattie y a este... a este cerdo maricón! ¡Maté a Hattie! ¡La maté, y lo haría mil veces, porque era una ramera asquerosa, una puta indecente! ¡Pero yo la amaba, la amaba! —Hubo sollozos en la voz crispada, desgarrada, del hombre apostado arriba—. ¡Juro que este cerdo pagará lo que ha provocado! ¡Le estoy viendo llorar, orinarse encima de miedo! ¡Su juventud, su fuerza, su fanfarronería de chulo, no le sirve ahora de nada! ¡Está muerto de miedo, y seguirá estándolo hasta que esta oscuridad deje de existir, hasta que vuelva la luz, y yo no vea ya reflejado este edificio en el de enfrente! ¡Entonces, entonces... le mataré!

—Eso es una locura, Feldman. No debió matar a nadie. Pero a su esposa, ya no es posible devolverle la vida. Sin embargo... ¿qué ganará con matar a Hooper ahora? ¡El no es responsable total de lo ocurrido! ¡Su mujer le engañó con él, como pudo engañarle con cualquier otro!

—¡Cállese! ¡No siga, o volaré la cabeza de este puerco! —aulló Feldman.

Daugherty apretó las mandíbulas, irritado. Era difícil persuadir de nada a un desquiciado, a un histérico peligroso. Pero tenía que hacer algo. O la luz eléctrica, al volver, marcaría otro asesinato a sangre fría.

—¡Feldman, lo que ha hecho es cometer un homicidio pasional, con muchas circunstancias atenuantes! ¡El hecho del adulterio reducirá su condena a muy poco tiempo! ¡No sea loco y no complique más su situación con otra muerte más difícil de

justificar! ¡No merece la pena disparar sobre Hooper, trate de entenderlo! Yo le ayudaría en todo, Feldman, si usted... si usted colaborase conmigo de un modo sensato e inteligente...

—¡Por el amor de Dios, hagan algo! —chilló ahora, descompuesta, otra voz humana—. ¡Este loco va a asesinarme a sangre fría si no lo impiden! ¡Está completamente desquiciado! ¡Yo no tuve la culpa de que su mujer se sintiera encaprichada conmigo, y encima me diera dinero de...!

Sonó algo, un golpe seco, y luego un gemido ronco. Otro golpe terminó con los gritos y la acción que ellos no podían presenciar, allá en la cocina alumbrada de azul.

—¡Feldman! —rugió Sam—. ¿Qué ha hecho?

—¡Aún no le he matado, si es eso lo que les preocupa! —aulló el aludido—. ¡Este canalla no va a seguir con su sarta de cobardes pretextos! ¡No permitiré que ensucie más la memoria de Hattie, con sus repugnantes justificaciones y vilezas! ¡Sólo ha sido un buen culatazo, que le permitirá dormir un rato... si es que antes no vuelve la luz, y me veo obligado a volarle sus sucios sesos!

Daugherty juró entre dientes y miró al patrullero Bearle con disgusto. Sacudió la cabeza, devolviéndole el megáfono.

—No hay forma de persuadirle de este modo —farfulló—. Habrá que utilizar otros medios más directos.

—¿Y sacrificar al cautivo? Sería fracasar. Y colaborar a un asesinato.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, patrullero? —Daugherty hundió las manos en los bolsillos de su pantalón—. De todas formas le matará. El tiempo juega contra Hooper. Si vuelve la luz, y tiene que volver, tarde o temprano, le matará. Si no, lo hará cuando amanezca y la luz del día le deslumbre, reflejándose en ese edificio encristalado.

—Eso es cierto. —Bearle se rascó la cabeza, bajo su goira de plato, perplejo—. ¿No van a enviarnos refuerzos, señor?

—Mucho me temo que no. La noche en la ciudad es un infierno. Están saqueando tiendas y asesinando gente en todas partes. Hay atracos, robos y agresiones, habrá violaciones y atentados por doquier. Hay suficiente trabajo para una: plantilla diez veces superior a la que formamos ahora. No sueñe con refuerzos, amigo. Tendremos que resolver esto usted y yo.

—Pues estamos aviados —murmuró el patrullero. Luego, se persignó—. Esto es por Hooper. Ese chulo de ninfómanas tiene ya un pie en el infierno.

—O quizá los dos —se encogió de hombros Sam—. Ahora voy a averiguar algo más, aquí cerca. Tengo tres malditos asuntos, a cuál peor. Sólo Dios sabe lo que resultará de ellos... y si alguno saldrá medianamente bien. Llevo mi coche con radioteléfono. Comuníqueme cualquier cosa que suceda. Y trate de charlar de vez en cuando con Feldman, a ver si eso templas sus nervios.

—¿Se marcha, señor? —Parpadeó el policía. Sam Daugherty asintió con energía, caminando hacia su coche.

—No tengo más remedio, Bearle. Le dejo dueño del cotarro. Cuídelo lo mejor posible, al menos durante unos veinte minutos como máximo.

—Lo intentaré. Pero ¿y si de repente vuelve la luz, antes de su regreso?

—Entonces, espere a oír el disparo, y telefonee a la ambulancia —dijo fríamente Sam, poniendo el vehículo en marcha lentamente, mientras a su alrededor, cada vez con menos frecuencia, quizá por el miedo de los neoyorquinos a deambular por la ciudad con tal estado de cosas, pasaban de vez en cuando ráfagas de luz de faros de automóviles que pronto eran engullidos por la oscuridad.

Apenas empezó a rodar, su radioteléfono funcionó. Descolgó a la primera señal.

—Daugherty —dijo, escueto—. ¿Quién llama?

—Patrullero Rocco, señor —sonó la voz del joven italoamericano—. Noticias del otro coche patrulla. Es urgente.

—Bien. Informe.

—Han localizado la casa de los Vail. En Poe Cottage Road, a menos de dos manzanas de University Avenue.

—Siga —puso en marcha el coche en esa dirección, rápidamente, y aceleró—. ¿Algo sobre esa llamada?

—El teléfono pendía en el aire y habían arrancado los hilos telefónicos. El cadáver de Donald Vail estaba allí. Con la cabeza destrozada a golpes.

—¿Y la autora de la llamada?

—No está. La vieron salir con tres muchachos. Parecía debatirse, gritar ahogadamente, pugnando por soltarse de ellos.

Desaparecieron hacia Kings Bridge Armory. Quien presencié eso era una mujer sola. No tiene teléfono. No pudo llamar a nadie. Y tenía demasiado miedo para salir de casa en plena noche, con tormenta y sin luz eléctrica...

—Entiendo. —Sam encajó sus mandíbulas fieramente—. ¿Los muchachos de las cazadoras?

—Eso es. Dos con cuero marrón. Uno con plástico negro. Pelo largo, dos de ellos. El tercero, con cráneo rapado. Están buscándoles, pero no dan con su rastro. Esa zona está poco frecuentada habitualmente. Esta noche, con mucho más motivo. Y está llena de bosquecillos, setos, zonas ajardinadas y edificios populares y monumentales.

—Ya lo sé, Rocco. Gracias por todo. Voy hacia allá. ¿Cómo va nuestro Buffalo Bill de las azoteas?

—Igual. Ha disparado sobre un coche. Destrozó los vidrios y dos neumáticos, pero logramos sacar ileso al conductor.

—Muy bien. Ya es algo. Estaré ahí en cuanto pueda. —Sí, señor. ¿Y ese asunto del marido que se volvió loco?

—Sigue estando loco. Y sigue con su rehén. Es otro asunto difícil —juró entre dientes cuando, en un cruce, a causa de la ausencia de semáforos, estuvo a punto de estrellarse contra otro coche que pasó vertiginosamente ante él, perdiéndose en la noche. El barro y el agua salpicaron su parabrisas. Puso en marcha la varilla limpiadora, mientras reanudaba la marcha tras el frenazo.

—La noche de los dementes —farfulló—. Robos, saqueos, crímenes, adúlteras acostadas con guapos *gigolos*, psicópatas francotiradores... y por añadidura, jóvenes secuestradores que se llevan a una mujer, tras asesinar a su marido. Me pregunto qué querrán hacer con ella ahora... ¡y no me gusta nada la respuesta que se me ocurre!

Y con rabia casi, pisó a fondo el acelerador, lanzándose como un bólido a través de la noche del Bronx. Sucre su capota, de nuevo giraba la luz roja, y aullaba la sirena policial, para abrirse camino con más rapidez.

Aunque quizá era ya demasiado tarde para hacer nada positivo en favor de la mujer desaparecida.

La zona situada entre Poe Cottage Road y Kings Armory ya era

de por sí poco frecuentada y bastante oscura en noches normales. Esta vez, era como un espeso mar de tinta, donde los faros del automóvil de Sam Daugherty penetraron como cuchillos afilados en una pella de manteca.

Había boscajes, jardines, edificaciones ajardinadas, vericuetos bordeados de setos, residencias habitadas o no, y un verdadero laberinto formado por lugares donde podían hallarse ahora los tres mozalbetes y la mujer secuestrada.

En circunstancias normales, la zona estaría bloqueada por coches patrulla y por agentes armados, en un rastreo implacable. Esta noche nada era normal en la ciudad, y cada policía tenía que hacer el trabajo de diez. No se podían pedir gollerías.

Sam saltó del coche, revólver en mano, cuando su automóvil descubrió, a la luz de los faros, otro vehículo aparcado en un sendero de la zona ajardinada, frente a un oscuro edificio donde el rótulo de «Se alquila» era claramente visible.

El vehículo era una furgoneta comercial, con una marca de lavandería de Queens en su carrocería. No tenía mucho sentido que estuviera allí abandonada.

Sam se aproximó, mirando cautelosamente en derredor. La única claridad a la zona la prestaba la luz de sus faros. Llevaba una lámpara eléctrica en el bolsillo, pero no pensó en utilizarla aún.

Apenas alcanzó la furgoneta, comenzó la función. Un quiebro de cristales, en alguna parte a su espalda, le hizo tirarse rápidamente de bruces junto a los neumáticos de la furgoneta, pegado al asfalto del sendero.

Lo hizo muy a tiempo. Las detonaciones sonaron ásperamente, unidas al maullido agrio de los proyectiles, abollando o agujereando la carrocería de la furgoneta, allí donde él estaba poco antes.

Se había equivocado en algo. Los disparos no venían de la casa sin alquilar. El sonido de cristales rotos, a su espalda, le había salvado la vida, cuando alguien rompió una ventana para disparar con más holgura sobre el policía.

Miró de soslayo, reptando por el suelo cautelosamente, hacia el edificio desde el que abrieran fuego sobre él.

Era el Museo de Armas del Bronx.

Un edificio no muy grande, de dos plantas, con estilo de la vieja Inglaterra, rodeado de césped y setos muy bien cuidados. Maldijo

entre dientes la circunstancia.

Allí dentro había armas y municiones para hacer una pequeña guerra en toda regla. Los que se habían refugiado en tal edificio, o sabían lo que hacían, o habían tenido una suerte endiablada en la elección.

Se estremeció, recordando que incluso disponían de cañones, granadas de mano y otras lindezas. Si los mozalbetes —estaba seguro de que eran ellos— descubrían el arsenal existen allí, y tenían la más mínima idea de su manejo, aquella parte del Bronx se iba a parecer bastante a Guadalcanal durante la Guerra del Pacífico.

—¡Malditos sean todos ellos! —farfulló—. Esos jovencitos que no trabajan ni sirven para nada... tienen que meterse a secuestradores y a francotiradores... Y Dios quiera que todo quede ahí...

Se logró parapetar tras la furgoneta, disparando con rapidez varios proyectiles hacia la sombría edificación. Oyó el estrépito de cristales rotos, allí donde sus balas hicieron blanco, pero no escuchó queja alguna que denotase un impacto positivo. Hubiera sido demasiada fortuna.

—¡Escuchen ustedes! —rugió con voz potente—. ¡Suelten sus armas y salgan! ¡La zona está rodeada! ¡Si nos obligan, asaltaremos ese lugar y lo convertiremos en un infierno, con ustedes dentro!

La respuesta no se hizo esperar, envuelta en el celofán ruidoso de nuevos disparos de rifle. Y sin duda, con un rifle muy potente, quizá obtenido en el museo.

—¡Al diablo con ustedes, polizontes! ¡No pensamos entregarnos tan fácilmente! ¡Hay un rehén con nosotros, una mujer respetable, que morirá si ustedes intentan algo, bastardos! ¡Ella es la señora Pamela Vail! ¡Y si quiere comprobarlo, escuche su voz!

Cesó el tiroteo. Un grito agudo, de mujer, con tono sollozante, angustiado llegó hasta Daugherty, desde la oscuridad:

—¡Es cierto es cierto! ¡Por el amor de Dios, no les enfurezcan más! ¡Están como locos! ¡Han matado a mi esposo y me han violado a mí! ¡Los tres! ¡Los tres abusaron de mí! ¿Lo entienden? ¡Me matarán si les fuerzan a ello! ¡Por Dios, piedad...!

Enmudeció la mujer, siguió la carcajada burlona de uno de los tipos, y una nueva ristra de balas dibujó arabescos ruidosos en el vehículo allí detenido. Sam apretó los labios, disparando al azar, sin

muchas esperanzas de que resultara algo positivo de ello mientras su mente funcionaba a tocia presión ante aquel nuevo problema, bastante más grave de lo que imaginara.

—Tres jóvenes asesinos... violadores de mujeres indefensas —masculló—. ¡Tres bastardos asquerosos...! Y la mujer en su poder... Harán atrocidades con ella. Y, lo que es peor, la matarán después, a poco que les demos la ocasión... Oh, maldita sea, ¿por qué tuvo que suceder todo en una misma noche?

Y se quedó mirando, con ojos centelleantes de ira y de impotencia, al edificio del viejo museo armería, próximo a otros edificios monumentales del Bronx.

Luego, trató de llegar a su coche, para informar a los patrulleros de lo que allí sucedía.

Aunque estaba seguro de que no había una sola patrulla en la ciudad en sombras y enloquecida, que pudiera acudir en su ayuda, u en ayuda de la infortunada señora Vail.

CAPÍTULO V

—Lo siento mucho, Sam. No hay un solo agente aquí —sonó la voz áspera del jefe McKern. Incluso el capitán Nolan está de servicio, en alguna parte de la ciudad. Tendrá que arreglárselas usted solo.

—¿Yo solo? —bramó Daugherty—. ¡Señor, tengo entre mis manos a un loco que fríe a tiros a cuantas personas cruzan ante su rifle, apostado en una azotea! ¡En otro sitio, mantenemos sitiado a un individuo desquiciado, que mató a su mujer y retiene al amante de ésta en su poder, con las manos atadas y un revólver contra su mandíbula! ¡Y por si eso fuera poco, en un viejo museo de armas, se encierran tres psicópatas sexuales, con una mujer a cuyo marido aplastaron la cabeza, violándola luego a ella uno por uno, y reteniéndola aún consigo, tal vez para ejercer nuevas aberraciones sexuales en su persona, antes de liquidarla...! ¿Cree que puedo hacerme careo de todo eso, con la más mínima posibilidad de éxito en cualquiera de los tres sucios asuntos?

—Lo lamento, Sam. No puedo hacer nada. Absolutamente nada. Estoy aquí con un operador, para hacerme algo de las llamadas de emergencia. Eso es todo. No dispongo ni de un solo agente. Sólo en Manhattan, he contado hasta ahora cuatrocientos asaltos a tiendas, ciento noventa actos de pillaje, setenta y ocho homicidios, doscientos quince atracos a maño armada, tiroteos de bandas rivales, accidentes de tráfico, casos de histeria o de pánico, y un sinfín de cosas más. Usted nene ahí a su servicio a los patrulleros Rocco, Hendrix y Bearle. Es todo lo que puede tener por el momento, mientras esta ciudad siga en manos de las hordas desatadas, le guste o no. Aproveche al máximo sus fuerzas. No habrá más por el momento. Adiós, Daugherty. Hay otras diez llamadas de emergencia bloqueando nuestra centralita ahora...

Se terminó la comunicación por radioteléfono. Sam juró entre

dientes y clavó sus ojos, desde el coche, en la oscura zona donde se hallaba el Museo de Armas, con sus cuatro ocupantes.

—No puedo hacer nada yo sólo contra esa pandilla —jadeó—. Deben tener vigilados los accesos a la casa. Me coserían a balazos en cuanto intentara algo. Si al menos dispusiera de un refuerzo, de un par de hombres capaces de cubirme... Pero esos tres patrulleros ya tienen bastante trabajo en sus respectivos lugares. Sólo si pudiéramos resolver uno de los problemas...

Meditó con rapidez. Su mirada centelleaba, fija con absoluta impotencia en el sombrío edificio.

Tomó la brusca resolución. Descolgó el radioteléfono y comunicó:

—Atención, patrullas. Atención patrullas. Habla Sam Daugherty, de Homicidios. Atención coche patrulla 107... Agentes Rocco y Hendrix... Respondan si captan este mensaje. Respondan urgente...

—Agente Hendrix, señor —dijo bruscamente la firme voz del patrullero—. Rocco está ocupado con la señora Gillespie.

—¿Con quién? —se interesó Sam, con un gruñido—. Agatha Gillespie, la madre del chico. —¿Qué chico?—. ¿El francotirador? ¿Lo identificaron?

—Lo identificó ella —explicó Hendrix—. Su madre, claro. La señora Gillespie está tratando de convencerle para que baje. Pero no creo que consiga nada.

—¿Qué le pasa al chico? ¿No obedece a su madre habitualmente?

—Creo que la obedeció durante años enteros. Es uno de esos chicos raros, con complejo de Edipo. Su madre lo era todo en su vida. Hasta el punto de que no le dejaba ni salir con chicas.

—Conozco la especie. ¿Y qué, Hendrix?

—Bueno, es el típico reprimido. Teme a las mujeres, pero las desea. Salió con una chica, a escondidas de la madre. Una camarera de club nocturno. Una muchacha bastante atrevida, ¿sabe? Pero el chico no pitaba. Es impotente o algo así. Resultado de la represión materna. Está furioso consigo mismo, con su madre, con el inundo, al que culpa de sus desgracias sexuales.

—Dios... —resopló Daugherty, exasperado—. Media ciudad está en las condiciones de ese chico. Ah, el malcriado americano... Infiernos, Hendrix, ¿y eso lo ha contado la madre?

—No, claro que no —rió Hendrix—. No todo. Está aquí otra mujer, cerca de mi coche, llorando todo el rato, y dispuesta a subir a esa azotea a convencer al chico.

—No me diga que la camarera...

—Exacto, señor. Una preciosidad de chica. Con unos pechos y un trasero... Bueno, no entiendo cómo el muchacho pudo ser impotente ante ella, la verdad.

—Al grano, Hendrix, ahórrese comentarios —le corto secamente Sam.

—Sí, perdone, señor —carraspeó el patrullero—. La chica se llama Eileen Voss. Parece que, pese a que no pite el mozo, a ella le gusta. Misterios, señor... Bueno, no sé si dará resultado que las dos mujeres le interpielen, pero yo me inclinaría más por la chica, y que su madre cerrase el pico. Creo que le excita más aún.

—Yo no la conozco, pero pienso igual. Dígale a Rocco que retenga en el coche a la señora Gillespie, y utilice a la muchacha. Pero no la hagan subir a la azotea. Podría ser un *shock* demasiado fuerte para el chico. Ahora se siente un Wyatt Earp. Pero no me gustaría que se sintiera un Romeo, y se precipitara abajo, con su Julieta y todo. Voy para allá en seguida, pero no puedo dejar esto solo. Aquí hay problemas graves también. Diga a su compañero Rocco que se venga a esta parte del Bronx —le describió el lugar exacto—. Con el coche de cualquier ciudadano, o con una motocicleta, pero que venga con el *walkie-talkie*. A esa distancia, creo que bastará.

—¿Y dejarme solo aquí con ese loco?

—Yo iré en cuanto Rocco llegue aquí. Necesito que los tipos que retienen a una mujer a quien violaron tras matar a su marido, sepan que siguen vigilados, que se imaginen que la zona está rodeada, para que no intenten evadirse. Rocco permanecerá aquí, mientras yo voy con usted y trato de arreglar el asunto Gillespie lo mejor posible, ¿ha entendido?

—Perfectamente —asintió con gravedad Hendrix—. Ahora lo envío para allá, señor. No se retrase. Me sentiré mejor cuando usted esté aquí.

—Es cosa de minutos, muchacho —resopló Daugherty, cerrando la comunicación.

Luego, movió el coche, cambiando de posición y haciendo varios

disparos contra la casa. Se desplazó después rápidamente, por la parte opuesta, sin ser visto, y agazapado desde otro punto, hizo nuevos disparos, que provocaron estrépito de vidrios rotos.

Inmediatamente captó un grito agudo, y comenzaron a rugir las armas en la casa destinada a museo. Sonrió Sam en la oscuridad. Esta vez, la suerte se había puesto de su lado. Unos simples disparos, efectuados para hacer creer a los sitiados que había un cerco en torno a la casa, habían logrado herir a uno de los muchachos. Eso les enfurecía. Pero también les crearía problemas.

—Espero que no quieran tomarse represalias con la chica —masculló, regresando al coche, mientras las balas zumbaban en la negra noche—. De todos modos, no puedo hacer nada por evitarlo...

—¡Escuchen, sucios bastardos! —Sonó una voz ronca pero audible, desde la casa—. ¡Si no abandonan el cerco, mataremos a la mujer! ¡Uno de nosotros está herido! ¡Exigimos un médico y medicamentos! ¡Si antes de diez minutos no nos lo facilitan, tiraremos el cadáver de la señora Vail al sendero!

—¡No harán eso porque habrían firmado su sentencia de muerte! —rugió Daugherty, contundente—. ¡Si ella muere, no tendrán rehén alguno, y entraríamos ahí a sangre y fuego!

—¡Está bien, pero necesitamos ese médico y medicinas! —chilló el interlocutor—. ¡Nuestro compañero está herido en el lado izquierdo del pecho, cerca del hombro! ¡Envíen a ese doctor, o vamos a desfigurar de tal modo a la señora Vail, que no la reconocería ni su propio padre! ¡Además, podemos abusar de ella de un modo que les daría escalofríos a todos ustedes, sucios polizones!

Sam apretó las mandíbulas. Sabía que podían hacerlo, y sabía que podía sentir escalofríos, según lo que hicieran con la infortunada cautiva. Trató de contemporizar, ganando tiempo:

—¡Está bien! ¡Iremos en busca de un médico! ¡Pero tal como está la ciudad ahora, no podrá ser antes de media hora su llegada, y aun eso con mucha suerte!

—¡Veinte minutos, o nada!

—Media hora —insistió Sam, feroz—. O cargaremos contra esa casa, con la mujer dentro y todo, caiga quien caiga. Empiezo a cansarme de todo este cochino juego, mocosos.

—¡No somos mocosos! —aulló una joven voz frenética—.

¡Somos hombres y muy hombres! ¡Si no, que lo diga ella...!

—Cerdos... —jadeó Daugherty, escupiendo al suelo. Luego, elevó la voz—. ¡Media hora, he dicho! Ni un minuto antes. Y no hay trato en lo de retirar el cerco. Seguiréis ahí hasta que resolvamos algo.

—Sólo hay un camino: o largarse todos ustedes... o empezar a enviarles pedazos de mujer. Primero una oreja, luego un dedo, después... ya veremos —había una crueldad sin límites en la voz del que hablaba, y el grito ahogado de mujer que sonó después indicaba posiblemente los malos tratos o algún nuevo intento de violación por parte del trío de salvajes psicópatas.

—Esperen esa media hora, cuando menos —pidió Sam—. Luego dialogaremos.

—De acuerdo. Pero no intenten trucos. La vida de ella responde de todo.

Sam miró su reloj. Eran ya las diez y media, pasadas. Tenía de tiempo hasta las once, pero no podía moverse de allí, en tanto no llegase Hendrix para ayudarle.

Por fortuna, apenas dos minutos más tarde, gruñó un motor por la pendiente, y apareció una motocicleta «Harley Davidson», de la policía metropolitana, con un agente de tráfico delante, y el patrullero Phil Hendrix detrás, como segundo jinete del poderoso vehículo.

—Disparen —silabeó Sam, señalando a la casa—. No es cosa de esperar que toquen a nadie, pero tiren contra ventanas y paredes. Los dos. Quiero que sepan que, realmente, existe un cerco policial en tomo.

—¿Existe? —dudó el policía motorizado, extrayendo su revólver reglamentario.

—No, pero eso ellos no lo saben.

Asintió pesadamente el agente, y él y Hendrix abrieron fuego hacia puntos diferentes de la casa. Sam unió las descargas de su 38 a las de ellos, y el efecto del tiroteo fue realmente espectacular. A los de la casa, debía parecerles que había al menos una docena de policías cubriendo el lugar.

—¡Ya basta! —chilló uno de los sitiados—. ¿Así cumplen lo ofrecido?

—El médico hemos ido a buscarlo —mintió secamente

Daugherty—. Tendremos noticias por radioteléfono, cuando esté a punto de llegar. Pero no hemos pactado nada sobre el intercambio de disparos.

—¡Pues dejen de tirar hasta que llegue el doctor, o le cortaremos la primera oreja a la dama! —rugió la voz—. ¡Pedimos una tregua de media hora! ¡No tiraremos nosotros tampoco, aunque podríamos hacerlo con una hermosa ametralladora pesada que hemos encontrado aquí!

—Me lo temía. —Sam se mordió el labio inferior, encaminándose a su coche patrulla—. Si logran hacer funcionar las armas pesadas del museo, esto será una batalla en toda regla... —Elevó la voz, ceñudo, gritando a les de la casa—: ¡Conforme, os damos esa tregua!

Un silencio. Sam puso el coche en marcha. El motorista se dispuso a seguirle.

—Tengo varias llamadas de Brooklyn —explicó—. Hay allí más líos que nunca...

—Lo supongo. —Daugherty cambió de idea y bajó de su coche, pidiendo el *walkie-talkie* a Hendrix—. Quédese usted con mi coche. Iré con la moto del agente hasta Grand Concourse Expressway.

—¿Y para volver...?

—Ya hallaré otro medio. Hasta pronto, Hendrix. Vigile bien. Que no se le escapen esos bastardos por nada del mundo. Pero no arriesgue nada. Sencillamente, espere.

—¿Cree que en media hora puede resolver el problema del hijo reprimido? —dudó el rubio patrullero.

—Si Dios me ayuda, creo que sí —afirmó escuetamente Daugherty, saltando a lomos de la poderosa «Harley Davidson», que arrancó como una centella, alejándose en la noche por las alamedas sombrías y desiertas del Bronx.

Realmente, Hendrix tuvo razón. Era toda una mujer.

Rubia teñida, opulenta de formas, más bien bajita, pero, con unas curvas llamativas y firmes, que poseían una fuerte carga erótica. Tenía los ojos llorosos, y miraba patéticamente a la azotea en sombras, donde seguía apostado el francotirador autor ya de varias muertes violentas. Sus sollozos agitaban tumultuosamente los grandes y redondos pechos, bajo una blusa liviana, que la llovizna

había empapado, adhiriéndola al busto sin corpiño. Los pezones se dibujaban contra el tejido.

—Mi pobre Neil... —gemía—. Yo tuve la culpa... ¡Yo tuve la culpa de todo! No debí reprocharle... que no fuese lo bastante hombre conmigo... Yo no podía saber... Yo no sabía que él... sentía miedo de las mujeres por culpa de su madre...

Miró a una mujer pequeña, pero enérgica, de cabellos canosos, ojos fríos y expresión helada, que permanecía erguida junto al punto de emplazamiento del patrullero Rocco, tras la esquina situada frente a la casa donde el tirador se refugiaba.

—¡Culpa mía! —replicó la mujer de edad, irguiéndose con altivez—. ¡Será mejor que mida sus palabras, mujerzuela! ¡Son ustedes, las prostitutas miserables, las que provocan traumas en jóvenes honestos y ejemplares como mi pobre y querido Neil, haciendo de ellos auténticos criminales!

—¡Señora Gillespie, no sabe usted lo que dice! —replicó la rubia muchacha agresivamente, adelantando más aún su respetable torso—. ¡No se da cuenta de que mujeres como usted, sólo logran convertir a sus hijos en invertidos o en impotentes, incapaces de ser felices como cualquier hombre libre! ¡Sus ataduras morales y religiosas no hacen sino reprimir la propia naturaleza del ser humano, haciéndole ver pecado en todo, para tenerlo siempre pegado a sus faldas!

—¡Ramera maldita, cálese o haré que la arresten por injurias! —clamó la señora Gillespie, congestionada por la ira.

—¡Ya basta! —Fue ahora Sam Daugherty quien soltó un rugido como un pistoletazo, haciendo enmudecer a ambas mujeres—. ¡Cierren las dos su boca y dejen que sea yo quien hable aquí! ¡Es posible que cada una de ustedes hiciera el daño suficiente a ese muchacho para convertirlo en lo que ahora es, un ser desesperado, un neurótico reprimido que odia a toda la humanidad y demuestra así su odio! Pero la peor de las dos, con mucho, ha sido usted, señora Gillespie.

—¡Qué insolencia! ¿Cómo se atreve usted a ofender a una dama con...?

—¡Ni dama ni historias, señora Gillespie! —atajó brutalmente Daugherty, encarándose con ella de modo fulminante. Señaló a lo alto de la azotea—. ¡Vea usted lo que hizo con su muy amado hijo!

¡Le hizo crecer en la convicción de que tocar a una chica era pecado mortal, y ahí están los resultados de su obra! ¡Ahora, en vez de un hijo, de un muchacho normal y sano, tiene a un pobre enfermo, que ha sumado ya varios asesinatos, y cuyo final será, por tanto, el manicomio de por vida, la silla eléctrica... o la muerte en este mismo lugar, abatido por nuestros disparos! ¿Y todo por qué? ¡Porque ustedes, malditas puritanas que consideran al sexo arma de Satanás y fuente de todos los males, pueden hacer de un ser humano una especie de basura inútil, sólo por el placer de ver pegado al hijo a su regazo, aunque ese hijo tenga ya veinte años cumplidos y esté deseando satisfacer sus más naturales y lógicos instintos! Cuando de veras se rebelan por una vez, si es que tienen valor para ello, como lo tuvo Neil, ¿qué sucede? ¡Que una pobre chica, por comprensiva que sea, termina despreciando o hiriendo a ese muchacho en su complejo, ante la incapacidad manifiesta pena obrar como un hombre normal, a solas con una chica! ¡Eso es su obra y la de todas las madres como usted, mi *estimada y respetada* señora Gillespie!

Terminó Sam su áspera, dura perorata, con una forma sarcástica e hiriente de subrayar las últimas palabras dirigidas a la escandalizada y anonadada mujer.

Repentinamente, la señora Gillespie sepultó el rostro entre ambas manos huesudas y pálidas, estallando en amargo y violento llanto. Rocco, azorado, contempló a Sam, que sepultó las manos en sus bolsillos, echando a andar hacia la rubia camarera de club nocturno. La contempló, pensativo, y habló sin rodeos:

—¿Quiere evitar que ese muchacho mate a más gente o que sea él quien caiga muerto de allí arriba?

—Oh, sí, sí... —gimió ella, mirándole con ojos muy abiertos—. Haría lo que fuese por él, pobre Neil... Sé que hubiera podido ser todo un hombre, de no haber sido por...

—Está bien, está bien —la interrumpió Daugherty—. No tengo tiempo de discutir ahora el problema de Gillespie, señorita Voss. Tenga en cuenta que hoy en día es ya un asesino, para llamar a las cosas tal como son.

—Lo sé... —musitó ella, con las lágrimas cuajadas en sus grandes ojos azules—. ¿Qué puedo yo hacer ya por él? Le condenarán a muerte, no hay duda...

—Yo no soy juez ni jurado, señorita Voss. Pero puedo decirle que, si se salva de la pena capital, será para ir, de por vida a una institución psiquiátrica. Si le hallan sano mentalmente le ejecutarán. Si no, será internado. De todos modos, se ha perdido ya a un hombre, a un ser humano. Y eso, además, ha permitido que murieran otros muchos. No puedo sentir piedad por él, pero no le culpo de todo, ni mucho menos, usted me ha oído. Es la señora Gillespie quién tendría que comparecer ante un tribunal para rendir cuenta de lo sucedido, pero las leyes todavía no han previsto ciertas culpabilidades. Lo que quiero ahora es que usted intente salvar su pellejo, aunque sea para que se convierta en un recluso o en una víctima de la silla eléctrica.

—Estoy dispuesta.

—¿Aunque sea con riesgo para su persona?

—Aun así —suspiró ella—. Quiero a Neil. No es sólo atracción puramente sexual, entiéndalo, oficial...

—No soy oficial —cortó Sam, seco—. Sólo detective de Homicidios. La entiendo, señorita Voss. Creo que, en todo esto, usted es la persona más limpia que he visto. Venga conmigo. Vamos a intentarlo a todo riesgo. Los dos.

La tomó firmemente por el hombro, casi con un asomo de ternura, pese a su energía, y salió con la muchacha, súbitamente, al centro de la calle, aunque cubriéndose detrás de unos coches aparcados en plena calzada.

—¡Eh, Gillespie! —gritó con voz potente Sam Daugherty—. ¡Neil Gillespie, está aquí alguien que quiere hablar contigo! ¡Alguien que te quiere bien! ¡No dispaes!

—¡No quiero verla! ¡No quiero hablar con nadie! ¡Si mi madre asoma, haré fuego y la mataré! —aulló la voz aguda, allá en lo alto de la azotea.

—¡No es tu madre, Gillespie! —negó Sam con energía—. ¡Escucha su voz!

Hizo un vivo gesto a la muchacha. Ella elevó entonces su voz, patéticamente, dominando el llanto que la acongojaba:

—¡Neil, soy yo! ¡Neil, tienes que reconocerme! ¡Te quiero, y he venido a salvarte y a salvar a quienes tú causas daño sin tener culpa de nada! ¡Nadie te odia, nadie te quiere mal, y yo menos que nadie!

—¡Eileen! —gritó arriba la voz del nombre—. ¡No es posible!

¿Qué haces tú aquí?

—¡Neil, no quiero que te ocurra nada! ¡Nadie te causará daño, si bajas y te entregas sin oponer resistencia!

—¿Estás loca? ¡Ellos me matarán! ¡O me enviarán a silla eléctrica! ¡Estoy perdido! ¡He matado, y sé lo ere me espera! ¡Vete de aquí, Eileen, vete y no sufra: ni me hagas sufrir más! Además... tú no tienes por qué ayudarme... ¡Yo te defraudé, yo perdí tu cariño cuando nos encontramos a solas los dos!

—¡No, Neil, eso no! —clamó la joven, con patetismo—. ¡No he dejado de sentirme atraída por ti, de quererte!

—¡Me engañas! —rugió él—. ¡Te has unido a la policía para traicionarme!

—¡Te juro que no, Neil! Te quiero, te quiero, ¡te quiero con toda mi alma! ¡Eres el único chico a quien realmente quiero! ¡Y serás todo un hombre a mi lado, yo lo sé! ¡No necesitas usar un arma para sentirte más hombre! ¡Lo eres ya, lo fuiste al desobedecer a tu madre aquella vez! ¡Lo demás no importa...!

—Eileen... Dios mío, si eso fuera posible... Pero ahora ya es tarde. Es tarde para todo... He visto morir gente a quien disparé... ¡Soy un asesino! Y debo morir matando... Es mi destino...

—¡No, Neil, no! —Ella salió rápidamente de la protección de los coches, fue hasta el centro de la calzada y elevó sus brazos a lo alto—. ¡No lo hagas! ¡Aún hay una esperanza! ¡Estás enfermo, eso es todo! ¡Tu mente está enferma! ¡Sanarás, y podrás volver a mi lado un día! ¡Neil, escúchame! ¡Entrégate sin resistencia, te lo ruego!

—¡Cuidado, no haga locuras! —le gritó el patrullero Rocco, dispuesto a salir disparando para cubrirla—. ¡Vuelve, muchacha!

Pero Daugherty le hizo un vivo gesto, frenando su acción. El agente se detuvo, arma en mano, desorientado. La señora Gillespie lloraba, apoyada en el muro, y ahora miraba de soslayo hacia la muchacha, temiendo lo peor.

Arriba asomó un potente rifle con mira telescópica. La voz de Neil clamó:

—¡Vete, Eileen...! ¡No me obligues a disparar!

Pero ella no se movió de allí, mirándole fijamente, implorándole con voz desgarradora:

—Neil, por el amor de Dios... No sigas con esto. Nadie más debe morir... Nadie, si es que aún sientes algo por mí...

Hubo un tenso silencio. Cualquier cosa podía suceder. Daugherty, revólver en mano, escudriñaba las alturas, a la espera de lo que aconteciera. Las sombras de la noche sin luz, eran apenas rotas por los reflejos de los tatos de automóvil, clavados en la fachada de ladrillo rojo.

De pronto, el rifle describió una parábola en el aire. Había partido de entre las manos del francotirador. Cayó hacia la calle, dando volteretas en el aire, y se estrelló en el asfalto, inofensivo.

—¡Neil! —gritó la joven, esperanzada, clavando sus llorosos ojos en la altura—. ¡Lo hiciste! ¡No vas a matar va a nadie más!

—Eileen... —Sonó la voz—. Te quiero... Y ésta es la mejor prueba de ello.

Luego, no fue un arma la que salvó el parapeto de la azotea, sino un cuerpo humano. Un grito agudo, terrible, brotó de labios de Eileen Voss, que se cubrió el rostro despavorida. La madre del tirador exhaló un alarido de angustia y se desplomó, inconsciente, en el asfalto.

Sam Daugherty, sombrío, vio descender el cuerpo de Neil Gillespie pesadamente, en dirección a la calle...

CAPÍTULO VI

La ambulancia se perdió en las calles oscuras del Bronx, llevando dentro el cuerpo de Neil Gillespie, el francotirador de Grand Concourse Expressway.

—¿Cómo pudo suceder, señor? No lo entiendo. Es algo realmente milagroso...

—Tiene parte afortunada, es cierto, pero no significa ningún milagro, Rocco —suspiró Sam Daugherty, subiéndose al coche patrulla con el agente uniformado—. La verdad es que había advertido la presencia de ese ancho toldo bajo esa parte del edificio, y había alguna posibilidad de que cayera sobre él, rebotando luego a la calle. Por eso situé ahí a la chica. Era un plan desesperado, pero podía resultar.

—Y resultó...

—En eso es donde hubo suerte. El cuerpo golpeó el toldo, cerca de su borde, y luego salió despedido hacia la calzada, pero ya con mucha menos fuerza. Apenas le vi salvar el parapeto, me precipité para recogerle en brazos cuando rebotase, si es que tenía suerte también en eso. No pude tenerla totalmente, pero frené su caída con mis brazos, y cuando golpeó el asfalto, sólo sufrió esas lesiones en sus brazos y piernas. Nada serio, para lo que pudo ser. Neil Gillespie salvó su vida, es cierto. Pero también evitamos que muchos más pudieran morir esta horrible noche, bajo sus disparos de rifle.

—Pero él sigue siendo un criminal... Le ejecutarán, ¿no cree?

—No lo sé, Rocco —se encogió cansadamente de hombros Daugherty—. Lo más probable es que los psiquiatras hallen en su cerebro suficientes razones para alegar contra una culpabilidad consciente. Creo que terminará internado en un centro psiquiátrico durante años... Pero eso es mejor que morir o matar. Y un día, cuando esté curado totalmente, y pueda ser útil a esa misma sociedad de la que se sintió enemigo, tal vez vuelva a la calle... y

una chica, Eileen u otra cualquiera, le devuelvan la confianza en sí mismo.

—Es usted muy optimista, señor —sonrió Rocco.

—Me gusta serlo. A veces, la vida no se porta luego tan bien, pero es bonito pensar que ocurrirá lo mejor. Ahora, acelere, Rocco. Tenemos que llegar cuanto antes a ese Museo de Armas. Tengo que sacar a una mujer de las garras de tres obsesos sexuales, que también cometieron un asesinato a sangre fría. Me temo que éstos sean peores que el infortunado Neil Gillespie...

—Sí, señor —aceleró cuanto le fue posible, a causa de la escasa visibilidad del Bronx, como de toda la ciudad, en dirección al punto indicado. Tras una corta pausa, Rocco pareció recordar algo y añadió—: En cuanto a la señora Gillespie, la madre... ¿cree usted que es justo que carezca de responsabilidades legales, cuando ella lo provocó todo?

—La ley no puede castigar a una madre que consideró siempre a su hijo adulto como a un niño, y le trastornó emotivamente con el miedo al sexo y a la vida lejos de ella. Pero el peor castigo lo lleva ya consigo ella misma: su conciencia culpable, la tremenda lección aprendida en esta noche, en que las tinieblas no sólo cayeron sobre esta ciudad de locos, sino también sobre la mente enferma de su hijo... Allí, Rocco. Reduzca la marcha. Ya llegamos.

—¿Cómo espera conseguir algo, señor? Usted me dijo que los secuestradores de la señora Vail le exigieron la presencia de un médico...

—Eso es —asintió Sam gravemente, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Pero... pero no llevamos médico alguno con nosotros... —Manifestó Rocco, desconcertado.

—Se equivoca, muchacho —rió huecamente Sam entre dientes—. *Yo* seré ese médico...

El frenazo del patrullero no sólo estuvo provocado por la presencia del coche de Daugherty y del patrullero Hendrix, frente a la oscura edificación del museo, sino por las inesperadas palabras del detective.

—¿Novedades, Hendrix?

—Ninguna, señor. Mantienen el silencio de la tregua impuesta.

Pero ya se cumple la media hora... y no veo al médico por parte alguna.

—Ya lo verá —dijo secamente Sam—. ¿Algo nuevo de M. Deegan Expressway?

—Sólo un informe breve, de Bearle. El marido sigue encerrado en su cocina, con el pobre amante de su mujer —sonrió Hendrix—. Mientras no vuelva la luz, se mantienen las esperanzas. Un vecino intentó llegar allí por la cornisa del edificio. Casi lo mata de un balazo. Luego, estuvo a punto de irse abajo, tal fue su terror, y eso que se trata de un tipo bravucón y decidido. Tuvo que regresar, o el tipo, Feldman, volaría la cabeza de su rehén. Es todo lo que ha habido. Siguieron momentos de calma. Y así continúa la espera.

—Bien. Ese asunto puede esperar... mientras no vuelva la luz —refunfuñó Sam—. Vamos a sacar a la señora Vail de su cepo. Si es que podemos, claro.

—No diría usted en serio antes lo de ser...

—¿El doctor? —Sam afirmó, con una dura sonrisa, interrumpiendo a Rocco—. Claro que lo dije en serio.

—¿Qué? —boqueó Hendrix—. ¿He oído bien?

—Ha oído perfectamente. Soy el doctor Daugherty, recuerden. Uno de ustedes fingirá ser el que hablaba antes, y me enviará a la casa.

—Pero en seguida verán el fraude. Su maletín...

—Fue todo tan urgente que no pude tomar maletín. Sam abrió un compartimiento de su coche y extrajo una bolsa de plástico azul. —Llevaré mi propio botiquín personal. Puede servir para engañarles, de momento.

—No resultará —sacudió la cabeza Rocco, aturdido—. Le registrarán, darán con su arma...

—Es que *no* llevaré arma —dijo secamente Daugherty—. Ni credencial..., ni ningún otro documento que me identifique como policía. Sólo una tarjeta de crédito o dos, donde no figura detalle alguno de mi profesión. Esto dará aire verosímil al hecho.

Y empezó a quitarse la corbata, que puso junto a su revólver y cartera, desabotonando la camisa y revolviendo sus cabellos.

—¡Es una locura, señor! —protestó Hendrix—. Meterse en la boca del lobo... sin armas ni medios de protección. ¡Pueden matarle a usted, junto con su rehén!

—En este trabajo, siempre hay que correr riesgos, ustedes lo saben —suspiró Sam—. Bien, así parecerá que me han sacado de la cama, a toda prisa. Un momento. Falta un detalle más...

Se agachó, soltando el cordón de su zapato y poniéndose un calcetín al revés. Luego, tomó la bolsa de botiquín y echó a andar resueltamente hacia la zona alumbrada por los faros de los dos coches.

—Falta algo más aún, señor —señaló Rocco—. ¿No verán que usted no es médico, apenas intente curar a su compañero herido?

—Estudié algo de Medicina y fui enfermero de hospital. Espero recordarlo lo mejor posible —rió entre dientes Daugherty—. Vamos, Hendrix. Usted me conducirá hasta la zona de luz. Debo fingir miedo, un paso inseguro... Usted, hable ya a esos tipos, Rocco. Imite mi voz cuanto pueda... Yo ungiré la mía también, cuando hable con ellos.

Rocco meneó la cabeza, con desaliento, pero obedeció. Se irguió, tomando un megáfono para darle más volumen a su voz y disfrazarla mejor:

—¡Eh, los de la casa! ¡Escuchen!

—¿Qué diablos pasa ahora, polizone? ¡El plazo se termina! ¿Qué era ese coche que llegó hace poco?

—El que trae al médico... al doctor Daugherty, del Hospital Memorial. Tuvimos que levantarlo de la cama. Y convencerlo para esta clase de trabajo. No fue fácil.

—Bien. Que venga hacia acá. Por la zona alumbrada, que le veamos nosotros. Con sus brazos bien altos, separados de cuerpo y cabeza.

—Lleva una bolsa con botiquín. Ni siquiera tuvo tiempo de traer más cosas. El tiempo se terminaba...

—¡Al diablo con los detalles! Que venga de una vez. Y que sea todo como dicen, o les costará caro a ustedes, a la señora Vail... y al propio doctor.

—¿Lo ven? —gimió Sam con voz quebrada, como si estuviera aterrorizado, en tono lo bastante alto para que ellos lo oyeran—. ¡Se lo dije! ¡Les dije que no quería venir, que es demasiado riesgo! ¡Vengo a curar a un herido, y ya me amenazan...!

—¡Cállese ya y venga! —le cortaron agriamente—. No tema nada. Si es un médico, como dice, está a salvo. Lo que no

admitimos, son engaños. Y si intenta hacer daño a nuestro camarada en vez de curarle, nos obligaría a ser muy duros con usted. En caso de portarse bien, no tiene nada que temer, se lo prometo.

—No me fío... No me fío... —jadeó—. No debí venir. Nunca debí obedecer sus órdenes, sargento...

Y caminó, medroso, hacia la casa, acompañado hasta el límite de los faros encendidos, por el agente Hendrix, que le dejó suelto entonces con lo que se notó más aún el paso vacilante y lleno de inseguridad del falso doctor. La ficción, por el momento, iba perfectamente. Pero tanto los dos patrulleros como el detective de Homicidios, sabían que la aventura no había hecho más que empezar. Y lo más peligroso y difícil quedaba por resolver en el interior de aquella especie de gigantesco arsenal, en manos de una pandilla de psicópatas peligrosos.

Miró a los tres de soslayo, en tanto era brutalmente registrado, sin la menor contemplación. Sus tarjetas de crédito fueron examinadas rigurosamente. Buscaron algún documento que confirmase su condición de médico. Uno de los tres le hincó el cañón de una «*Parabellum*» en el estómago.

—¿Y su identificación? —Gruñó—. ¿Y sus documentos?

—Los... los dejé en la otra chaqueta, en mi cartera... —balbuceó con bien fingida torpeza y angustia, dejándose manosear por los dos jóvenes.

—Es raro, ¿no? —rezongó uno de ellos, con aspereza.

—Vamos, Chris, déjalo ya —le cortó el otro—. Si el tipo vino de prisa, no tiene nada de extraño. Lo que importa es que está aquí. Edwin necesita que le curen, eso es todo lo que queremos de él. Ya ves que no lleva armas ni nada parecido encima.

—Es muy fuerte para ser médico —refunfuñó el tal Chris, de mal humor—. Mucho, ¿no lo has notado?

—Diablo, ¿y eso qué tiene que ver? —Se irritó el segundo mozalbete—. Porque sea médico, no tiene por qué ser un esmirriado. Vamos, Chris, ves fantasmas por todas partes. Estás nervioso. Usted, doctor..., ¿cómo dijo que se llamaba?

—Daugherty. Doctor Daugherty, Medicina General...

—Bien, doctor Daugherty, cure a nuestro amigo, y pronto. Es

todo lo que queremos de usted. Será mejor que lo haga bien, y cuanto antes. Sin truquitos sucios, o no saldrá vivo de aquí, ¿entendido?

Daugherty asintió en silencio, echando a andar hacia un rincón de la sala en sombras, cuya única claridad era ahora la de una vela. En aquella habitación no había ventanas, por eso la luz no se filtraba al exterior. Era vecina a otra habitación, donde vislumbró a una mujer de pelo castaño, tendida en el suelo, con las manos atadas, sollozando ahogadamente, el rostro cubierto. En esa otra habitación cuya puerta cerraron con rapidez, sí había ventanas, dos exactamente, y ambas con los vidrios rotos.

Los tres individuos eran tal y como él imaginara. El mayor no tendría aún los veinte años. Delgados, con pelo ligeramente largo, aunque no demasiado, rostros enjutos y mirada hosca. Uno, el tal Chris, llevaba una cadena de plata en una muñeca, y un viejo reloj en la otra. El que parecía tener más autoridad era el más rubio y atlético de los tres. Unas largas patillas adornaban su rostro de adolescente. El tercero, el herido, llamado Edwin, estaba tendido en un sofá, bajo una panoplia con armas de la Primera Guerra Mundial. Pero la pistola que tenía a su lado, no era precisamente de esa contienda, sino que se trataba de una potente automática, de calibre 45, capaz de pulverizarle la cabeza a cualquiera. La empuñaba con nerviosismo, mientras caminaba hacia él, vigilado asimismo por Chris. El otro había regresado a la estancia inmediata para vigilar el exterior, cerrando de nuevo la puerta tras él.

—No me fío de él, Chris —masculló el llamado Edwin, sobre cuya camisa, bajo la cazadora negra, se veía una amplia mancha de sangre—. A lo mejor es amigo de los polizontes... y termina conmigo.

—Estaré aquí mientras te cura —rezongó Chris—. Yo tampoco me fío de nadie. Si ves algo raro en el modo de curarte, le vuelvas los sesos, ¿entendido?

—Eso, seguro —afirmó fríamente Edwin, clavando sus desconfiados ojos en el detective, que trataba de dibujar en su rostro una sonrisa de falso optimismo.

—No... no tienen nada que temer —jadeó—. Sólo pretendo curarte, muchacho. Yo no soy amigo de la policía. Soy médico, eso es todo.

—Más valdrá que sea así —silabeó Edwin—. No me gustaría irme al infierno, pero si lo hago, sería con usted por delante, no lo olvide, doctor.

Daugherty sabía que tenía que andar con cautela. En realidad, no pretendía dañar al herido, pero si éste pensaba que no le trataban bien, era capaz de disparar a quemarropa. Con aquella arma, le perforaría igual que si utilizara un cañón.

Dejó la bolsa en el suelo. Edwin la miró con desconfianza, cuando iba a abrir la cremallera. Chris le tranquilizó:

—No tengas miedo de eso, Paul ya la revisó antes. Sólo lleva medicamentos. Vamos, doctor, no pierda más tiempo. Estamos esperando. Y tenemos muy poca paciencia.

Daugherty asintió, aparentemente nervioso. Estaba calculando las posibilidades de sacar de allí a los jóvenes, y la situación no le parecía demasiado, fácil de resolver. Eran desconfiados, fríos y crueles. Tres delincuentes juveniles, avezados a meterse en líos y enfrentarse a quien fuese. Tal vez incluso tenían antecedentes por algún delito serio, aparte haber sido capaces de matar a golpes al marido de la cautiva. Ahora, armados en aquel arsenal, iban a ser duros de pelar.

Y había una vida en juego, que era la que se trataba de salvar del caos: la señora Vail. No, no iba a ser nada sencillo.

Lo más inmediato era ganarse la confianza relativa de aquella peligrosa pandilla. Y el único camino consistía en curar lo mejor posible al tal Edwin.

Comenzó su tarea, rasgando la camisa, tras echar a un lado la cazadora negra. Frunció el ceño. La cosa era peor de lo que había imaginado. La bala penetró muy hondo, y la herida tenía un feo aspecto. La habían taponado con un pañuelo hecho una bola, pero aun así había perdido mucha sangre.

Se volvió a Chris y habló con acento de preocupación:

—Está mal. Necesitaría ser intervenido quirúrgicamente, en condiciones...

—¡Trabaje y cállese, maldito sea! —rugió Chris, amartillando su «Colt» 38 negro y pavonado, con gesto de ira—. ¿Se cree que estamos en disposición de ir ahora al hospital y meter a Edwin en un quirófano? No sea idiota y trabaje como pueda.

—La bala está dentro...

—¡Ya lo sé! Ese maldito polizonte que disparó lo hizo con acierto, el muy hijo de mala zorra. Su misión consiste en sacar esa bala y curar la herida lo mejor posible. Si no lo hace aquí y ahora... peor para usted, doctor.

Y el arma se movió significativamente, apuntando a su cabeza.

Aquellos maníacos de la violencia eran capaces de disparar sin pensárselo dos veces. Sam Daugherty prefirió no tentar más a la suerte, y resignarse a hacer lo que pudiera, bajo la vigilancia del tal Chris, y la mirada turbia y recelosa del propio herido.

La puerta se abrió ahora, asomando la cabeza de Paul por ella.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó.

—Mal. Este tipo pone dificultades. Dice que hay que operar en un quirófano.

—Claro —rió huecamente Paul—. Y hospitalizarle luego, con una guapa enfermera de buenas tetas a su lado, revistas y flores en la habitación. Escuche, doctor, no nos venga con cuentos y haga las cosas como pueda, pero hágalas. Si a Edwin le pasa algo malo, también le pasará a usted, no lo dude.

Los sollozos y gemidos de la señora Vail llegaron desde la habitación inmediata con nitidez. Paul se volvió a ella, empezando a cerrar la puerta.

—Vamos, vamos, preciosa, no te quejes más —rió con voz sarcástica—. ¿Quieres alguna caricia de tu querido Paul para consolarte?

—¡Cerdo, cobarde! —oyó gimotear a la cautiva el detective Daugherty—. ¡No me vuelva a tocar, no ponga sus sucias manos en mi cuerpo nunca más!

—Oh, cariño, ¿es que no soy yo un amante complaciente...? —Fue lo último que oyó, antes de cerrarse la puerta de nuevo.

Y a los sollozos de la mujer, siguieron ahora leves gritos y quejas. Daugherty encajó las mandíbulas, ocultando el rostro a los dos mozos presentes. Era muy duro para él soportar ciertas cosas, sin posibilidad de entrar en acción.

Sin contemplaciones ya, extrajo unas delgadas y largas tijeras de la bolsa. Era todo lo cortante que llevaba encima. Fingió buscar algo más, y masculló entre dientes:

—Las malditas prisas... En el maletín tengo los bisturís... Podría pedirlos a la policía, que ellos trajesen uno.

—¡Trabaje con lo que tenga! —rugió Chris, airado—. ¡No se entretenga más! ¡Nadie va a traerle nada!

—Pero, Chris, es mi vida, mi seguridad... —se quejó ahora Edwin, alarmado, dirigiendo una mirada de angustia a su compinche.

—Ya lo sé, pero tendrá que hacerlo así, Edwin. No hay tiempo para más. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Y tú no podrías desplazarte, en tu situación actual.

—Tampoco creo que pueda hacerlo una vez curado —apuntó Daugherty, recibiendo una mirada asesina a cambio.

—Ya se habló todo aquí. No admitiré nuevas demoras —avanzó hacia él, con el revólver apuntándole directamente—. Empiece, doctor, de una maldita vez, como sea...

Sam respiró hondo. Se inclinó sobre el herido, que le miró, asustado. Cauterizó las tijeras a la llama de la vela. Luego, comenzó a buscar la bala, sin importarle los gritos del paciente.

CAPÍTULO VII

Se apartó, enjugándose el sudor. Ahora no fingía. Realmente, lo había pasado mal. Y Edwin también. Pero ahora, éste reposaba, bañado en sudor también, tras haberse tomado varios tragos del *whisky* que llevaba Chris en un frasco petaca, con su herida desinfectada en alcohol y taponada con un apósito bastante aceptable.

La respiración de Edwin era pausada. Tenía la piel ardiendo y le administró una dosis de aspirinas, tras un examen riguroso de las tabletas, por parte de Chris. Las manos de Sam aparecían sucias de sangre.

—Buen trabajo, doctor —aceptó Chris, con alivio, contemplando encima de una mesa la rugosa pieza de metal que extrajera Daugherty de la herida, con cierta dificultad—. No sabe lo que ha ganado con hacer las cosas bien. Edwin, ¿estás mejor?

—Sí... —jadeó el herido—. Pero me siento muy débil...

—Lo creo. Tendrás que moverte, sin embargo.

—No sé si podré...

—Vaya si podrás. Tenemos que salir de aquí cuanto antes, hermano. Esto se convertirá en una especie de infierno, sobre todo si vuelve pronto la luz a la ciudad.

—Estamos rodeados, no lo olvides... —gimió Edwin.

—Claro. Pero tendrán que dejarnos salir... o les enviaremos pedacitos de la señora Vail y del doctor Daugherty.

—¿Eh? —Sam le miró con gesto de sobresalto—. ¿Qué dice? Yo me voy ya... Terminé mi trabajo...

—Usted no se va a ninguna parte, doctor, *todavía* —sonrió malignamente Chris, apuntándole de nuevo con el arma—. Aquí somos nosotros quienes decimos cuándo se hacen las cosas.

—Pero lo convenido...

—¡Al diablo lo convenido! —le atajó duramente el mozalbete—.

Antes teníamos un rehén. Ahora, tenemos dos. Eso puede facilitar las cosas, doctor.

Sam meditó con rapidez, mientras fingía un vivo terror. No se sorprendía demasiado de aquello. En realidad, siempre lo había esperado. Esta clase de gentuza rara vez cumplía sus promesas. La idea de usar dos rehenes fue sin duda de Paul, el cerebro del siniestro grupo. Ellos no podían sospechar, ni remotamente, que tenían en su poder a un detective de Homicidios. De imaginarlo, las cosas se pondrían aún peor. Pero aun sin eso, ya estaban mal de por sí. No iba a ser tarea sencilla sorprender a dos rufianes avezados y sin conciencia como los jóvenes Paul y Chris, para reducirles y rescatar a la señora Vail. Las cosas no eran tan fáciles, ni había esperado en momento alguno que lo fuesen. Era precisa mucha serenidad y mucha astucia para intentar algo. Y mucha suerte para alcanzarlo.

—Vamos, salea ya de aquí. El herido no le necesita, doctor —silabeó Chris—. Es mejor que se reúna con nuestro rehén. La dama parece algo nerviosa. Histérica, creo. Usted puede darle algo que le calme los nervios. ¡Vamos, fuera, en seguida!

Sam asintió, echando una ojeada de soslayo hacia la poderosa automática, calibre 45, que tenía Edwin junto a sí. De haber permanecido un instante solo, había posibilidades de quedarse con ella, aprovechando la postración y sopor del herido, tras la cura sufrida. Pero siempre estuvo seguro de que Chris no le daría tantas facilidades para alcanzar su objetivo.

Recogió sus útiles de botiquín, murmurando excusas, pero sin que Chris abandonara la vigilancia un solo instante. Luego, fue sacado de allí a empellones, en el «Colt» clavado, dolorosamente en sus costillas.

—¡Siéntese ahí, en el suelo! —Gruñó Paul, al verlo aparecer—. Junto a la señora... ¿Todo bien, Chris?

—Perfecto —asintió éste, cerrando la puerta del cuarto del herido—. Pero está muy débil y tiene bastante liebre...

—Tendrá que moverse, pese a todo —dijo el joven cabecilla, encogiéndose de hombros, tras escudriñar el sombrío exterior. La noche seguía siendo oscura como boca de lobo. Distantes, por todo el Bronx, sonaban sirenas de coches policiales, disparos y ambulancias a toda prisa. Nueva York, en la oscuridad, seguía

siendo una jauría de lotos, de asesinos y de pillos.

—Eso le dije yo. —Chris miró a Daugherty, cuando éste se acomodó junto a la señora Vail. Preguntó a su compinche—. ¿Lo retenemos, verdad?

—¿Al doctor? Claro —rió Paul—. Son dos valiosos rehenes ya. No podrán asaltar la casa, a menos que quieran matarles también a ellos.

—De todos modos, tal vez no vuelvan a pactar con nosotros. No se fiarán.

—No necesitamos más pactos. Tenemos suficientes recursos para salir de aquí.

—¿Con ese cerco de policías alrededor del museo? —dudó Chris, con gesto estúpido.

—Claro. Mi plan resultará, no lo dudes. Hasta ahora, todo ha ido bien. Incluso la herida de Edwin nos permite tener un rehén más...

Siguieron hablando en cuchicheos, mientras vigilaban el exterior detrás de la ventana. La claridad en la estancia era casi inexistente, pero, poco a poco, los ojos de Sam se habituaron a la oscuridad, y empezó a vislumbrar las facciones de la mujer cautiva, su figura, detalles de su aspecto actual, con una cierta nitidez.

Pamela Vail podía tener unos treinta o treinta y dos años. Era una mujer en la plenitud física, esbelta y atractiva, con una indudable distinción, que no había perdido ni siquiera, ahora, tendida en el suelo, maniatada, y con las ropas sucias y desgarradas, descubriendo sus ropas interiores, igualmente rotas brutalmente, hasta permitir asomar por entre ellas unos desnudos pechos muy bien formados y erectos, sobre los cuales descubrió diversos arañazos, igual que en los muslos y nalgas, descubiertas a través de los desgarros de su falda.

La infortunada mujer parecía avergonzada de su situación actual, y ocultaba el rostro entre las manos atadas, sollozando en forma ahogada. Daugherty susurró:

—Cálmese, señora, por favor...

Lentamente, ella alzó la cabeza. Le miró con profundo abatimiento. Las lágrimas corrían por su rostro, desde unos ojos con el *rimmel* lastimosamente corrido y había churretes en sus mejillas.

—No puedo... No puedo... —gimió—. Ha sido todo tan... horrible...

Sam apretó los labios con mal contenida ira. Asintió.

—Lo imagino. No piense en ello, por favor.

—No es posible dejar de pensar... Donald, mi marido... Y esos salvajes... Y luego lo que hicieron todos conmigo... ¡Es atroz, doctor!

—Tengo unos calmantes en mi botiquín —dijo Sam. Alzó la voz—. Eh, vosotros, ¿puedo administrar un sedante a la señora?

—Sí, doctor, hágalo —aceptó Paul, mirándole indiferente—. Pero no intente nada más. No toque sus ligaduras, si quiere seguir con vida, ¿entendido?

Sam no dijo nada. Abrió la bolsa y extrajo las tabletas sedantes. Administró un par de ellas a la cautiva, que las ingirió rápidamente. Los ojos del detective se fijaron en el leve destello de las tijeras manchadas de sangre.

Las tijeras...

Nadie había pensado en ellas, salvo como instrumento de curación. Ahora habían vuelto al fondo de la bolsa. Podían ser útiles, llegado el caso. Eran su única arma, por el momento.

Antes de cerrar de nuevo la cremallera de la bolsa, las tijeras estaban ya ocultas en la palma de su mano.

Y allí se quedaron medio tapadas por su manga, apoyándose el mango en sus dedos curvados.

—Se sentirá mejor en breve —susurró Sam a la prisionera—. ¿Sabe lo que piensan hacer con nosotros? Ahora somos dos los rehenes que tienen para intimidar a la policía, señora Vail.

—Lo sé. Lo supe siempre. Pensaban matarle si fallaba con el herido. Si no, le respetarían la vida, pero sin soltarle. Son unos canallas sin escrúpulos. Ni siquiera creo que sean mentalmente normales...

—Hoy en día es difícil definirse sobre eso, señora. Muchos jóvenes, por ser drogadictos, por codicia o por mala educación, se hacen delincuentes. La mayoría de ellos, en el fondo, no son mentalmente sanos. Son casos para psiquiatría. Desgraciadamente, la mayoría van a cárceles, en vez de ir a institutos psiquiátricos. Se les da la posibilidad de cumplir una condena, casi siempre demasiado leve, para que salgan de nuevo y vuelvan a delinquir, cada vez más seriamente... Así están las cosas, en nuestra bendita sociedad.

Ella le miró en la penumbra, con ojos muy abiertos. Los tenía claros y bonitos. Era una hermosa mujer. Parecía repentinamente más animada con su compañía. Y daba la sensación de confiar en él.

—¿Cree que terminarán matándonos, como hicieron con mi esposo? —Se inquietó.

—No sé. Depende. ¿Cómo ocurrieron exactamente los hechos?

—Ellos aparecieron de repente en casa. Aprovecharon el apagón, claro está. Cuando los vimos Donald y yo, era demasiado tarde. Debieron entrar por alguna ventana abierta, no sé... El intentó defenderme, pero ellos cayeron sobre él. Entonces no llevaban armas de fuego. Sólo navajas. Pero no las usaron en Donald. Vi que uno de ellos empuñaba un candelabro y empezaba a golpearle salvajemente la cabeza. Grité y uno me sujetó, mientras otro ayudaba a su compañero y, con otro objeto que no recuerdo cuál era, martilleaban su cabeza una y otra vez. Cuando le vi caer, comprendí que era cadáver. Su cabeza resultaba casi irreconocible, Dios mío... —calló, temblorosa, demudada, para proseguir luego—: Luego, me tomaron consigo cuando pretendía telefonear, habiendo escapado de sus manos al piso alto. Me sacaron de la casa, sin que pudiera terminar mi mensaje de petición de auxilio, y me llevaron hasta una furgoneta robada, con la que vinimos hasta aquí. Es todo lo que sé...

—Si tienen una posibilidad de escapar, sin necesidad de matarnos, quizá la aprovechen. Si no... se vengarán en nosotros, no lo dude —la contempló Sam con ternura, y añadió, con cierta lentitud y reparos—: Ellos... ellos llegaron a...

—¿A violarme? —Una convulsión sacudió el cuerpo, joven y apetecible—. Sí. Dios mío. Los tres. Repetidas veces. Son como bestias, doctor...

—No siga —la detuvo Daugherty, dominando difícilmente su ira—. Trate ahora de no pensar en ello. ¿Va sintiéndose más calmada?

—Sí, creo que sí... —suspire—. Gracias, doctor. Necesitaba hablar con alguien, sentirme algo menos abandonada y destrozada... Usted me alivió mucho. Esas pastillas, tal vez su presencia... Dios, si pudiéramos escapar de aquí...

—Hay que intentarlo. En cuanto sea posible, señora. Confíe en mí. Yo...

En aquel momento, una voz potente, con megáfono, sonó afuera:

—¡Escuchen ustedes! ¡Ya ha tenido tiempo el doctor de curar a su herido! ¿Qué hay con él? ¿Cuándo lo dejan marchar?

Paul y Chris se miraron en silencio. Sonrieron ambos maliciosamente.

—¡Respondan! —insistió la voz de Rocco, por el amplificador—. ¡Respondan, o atacamos ese edificio!

—¡No se atreverán! —rugió Paul—. ¡Tenemos granadas y armas suficientes para causar una matanza, y ustedes lo saben! ¡El doctor terminó su tarea, y está bien! ¡Pero va a quedarse con nosotros hasta que hayamos podido escapar! ¿Está claro?

—¡No hagan locuras! —Sam captó la inquietud en la voz de Rocco—. ¡Suelten a ese hombre, o les pesará! ¡Hicimos un pacto, recuerden! ¡Cumplan con su parte, y todo será mejor!

—¡Escuche, polizonte! —Se engalló Paul, con la chulería bravucona de los que se creen capaces de todo—. ¡Por aplastar la cabeza al viejo Donald Vail, nos meterán ya una buena tanda de años en una celda! ¡No vamos a ser tan tontos de dejarnos cazar por ustedes! ¡Si quieren tenernos, será a cambio de otras dos vidas, las de la señora Vail y el doctor Daugherty! ¡Pero si nos dejan salir de aquí, y abandonar el Bronx sin ser perseguidos, tienen nuestra palabra de que dejaremos a ambos, sanos y salvos, en cualquier lugar donde puedan hallarlos!

—No puedo fiarme de su palabra. Faltaron ya a ella una vez. Lo harían otra. Lo más probable es que sacrifiquen estúpidamente a los dos, una vez hables. No hay trato.

—¡Muy bien! —Se enfureció Paul—. ¡Pues tendrán el primer trofeo humano, como aviso de que más les vale obedecer esta vez, y aceptar el acuerdo! ¡Chris, hazlo!

Chris sonrió bestialmente. Su rostro joven, de adolescente, se convirtió en una fea máscara de maldad, de perversión y odio irracional. Chascó una navaja automática en su mano zurda, mientras la diestra seguía empuñando el revólver amartillado.

Del exterior llegaron varios disparos, pero Sam notó que iban desviados, para no alcanzar los huecos. Rocco y Hendrix temían herirle a él.

La señora Vail gritó, asustada, cuando un lejano reflejo de los faros de los coches policiales destellaron en la hoja de acero. Pero no iban por ella. Sam Daugherty lo advirtió en seguida, con un leve

escalofrío.

—No tema, señora —silabeó—. Vienen por mí. El trofeo humano será mío... Tal vez un dedo, quizá una oreja... Acostumbran a hacerlo así esta clase de ratas...

Y la hoja de acero se alzó, buscando su apéndice auricular derecho. La mueca de morbosa complacencia de Chris, reveló que iba a gozar ampliamente con aquella salvaje mutilación. Obviamente, como ya sospechara Sam, no eran delincuentes vulgares. Casi nunca lo eran a aquella edad. Eran sádicos, auténticos psicópatas de la violencia y del crimen, con aspecto de inofensivos universitarios, y conciencia de criminales endurecidos.

—Lo siento, doctor —rió entre dientes, levantando poco a poco la navaja—. Tendrá que curarse usted mismo... Lo siento mucho, pero me obligan a ello... Será un tajo limpio..., no le hará demasiado daño, palabra...

Sam Daugherty esperó, la mirada fija en el joven Chris, que se inclinó hacia él, para proceder a la mutilación, mientras Pamela Vail cubría con horror sus ojos, ante el espectáculo atroz que iba a ofrecérsele.

Cuando tuvo sobre su cabeza el rostro de Chris y la mano armada, Sam actuó.

Rápidamente, la tijera se deslizó a sus dedos, desde la manga. La levantó con centelleante movimiento del brazo, en el instante mismo en que trababa con sus piernas las del joven verdugo.

Este grito, al sentir cómo penetraban las dos puntiagudas hojas de acero, con fuerza insólita, desgarrando brutalmente su cuello, bajo el mentón. Sam no podía andarse con paños calientes en ese momento. Fue brutal, despiadado, a conciencia.

El alarido inhumano de Chris, se mezcló con el gorgoteo de su sangre caliente, bullendo en el desgarrón Feroz de su garganta. Al mismo tiempo, cayó de espaldas, mientras su revólver se disparaba, silbando la bala sobre los cabellos de Sam, y haciendo un orificio en la pared.

Paul se volvió en el acto, con una sorda imprecación de sorpresa, cuando ya Sam Daugherty se precipitaba al suelo, dando tumbos, para cubrirse con el cuerpo de Chris, agitado por espasmos de dolor. Cada grito del herido, hacía escapar más sangre del boquete.

La rapidez de los acontecimientos, hizo que Paul fallase el disparo de su propio revólver, pero de tal modo que, al eludir Sam el impacto, éste fue a hacer blanco sobre el cuerpo convulsionado de su compinche. Sam, sin perder un solo instante, estiró su brazo y aferró el revólver negro de Chris, con el que encañonó rápido a su enemigo, gritando con voz dura, acerada:

—¡Alto, en nombre de la ley! ¡Tire su arma! ¡Soy Daugherty, de Homicidios!

—¡Bastardo traidor! —rugió Paul, lívido, amartillando rápido su «Colt».

Daugherty no le dio tiempo a más. Apretó el gatillo, sin contemplaciones. Tiró a matar. No se podía hacer otra cosa.

El joven cabecilla recibió el balazo en pleno corazón. Saltó atrás, como martilleado por un mazo invisible, exhaló un grito sordo, golpeó su cuerpo contra la ventana, destrozando los pocos vidrios que quedaban sanos, y luego dio una voltereta, cayendo al otro lado.

—¡No dispare, Rocco! —gritó Daugherty, con voz potente—. ¡Soy yo, Sam! ¡Controlo la situación!

Miró a Chris, que se debatía en un mar de sangre sobre el suelo del museo, en tanto la señora Vail, con ojos de horror, contemplaba aquella dantesca escena, presa de una nueva crisis histérica.

—No tema, señora —silabeó Sam—. Soy detective de Homicidios, no doctor. Entré aquí para liberarla y cazar a esos desalmados... Aún falta algo...

Fue rápidamente a la puerta de comunicación. Abrió de un patadón, y la luz de la vela entró en la estancia súbitamente, pareciendo que era un raudal de claridad, dadas las sombras profundas en que se había desarrollado hasta entonces la actividad de Daugherty.

Ya era tiempo. Edwin, pese a su herida y su estado febril, había intuido que algo andaba mal allá afuera. Tambaleante, pálido y vacilando de modo ostensible, se encaminaba a la puerta, empuñando su formidable automática, cuando Daugherty apartó la hoja de madera con su patada.

—¡Tire esa arma en nombre de la ley, Edwin! —avisó Sam, amartillando su «Colt»—. ¡Soy de Homicidios!

—Cochino bastardo... —jadeó Edwin. Y con ojos dilatados por la

ira y la sorpresa, dejó caer la pistola, clavando su aviesa mirada en el policía—. Debí suponerlo...

—Eso está mejor, Edwin —dijo Sam secamente, avanzando hacia él—. No se mueva ni intente nada, que me obligará a disparar. Sus dos amigos ya están listos...

Cuando se aproximaba al herido, la señora Vail gritó a sus espaldas:

—¡Cuidado! ¡Ése tiene una navaja también...!

Sam se paró en seco, justo cuando el brazo derecho del herido se movía rápido, y de su manga caía a sus dedos una navaja, que se abrió en el acto, con centelleante rapidez. El truco pilló desprevenido a Sam, pero no a la señora Vail, que, sin duda, va lo conocía, por haberlo visto practicar antes.

Para su sorpresa, un arma retumbó poderosamente a su espalda. Edwin exhaló un aullido, desorbitó sus ojos, soltando la navaja, que se clavó de punta en el suelo, y cayó atrás, con un impacto de bala en plena cabeza. Por su pelo largo y moreno, chorreó la sangre, hasta cubrir su rostro. Cayó dando volteretas, con un boquete en el cráneo, por el que huían su sangre y su masa encefálica a pedazos.

Atónito, Sam Daugherty giró la cabeza. La mujer lloraba, rotos sus nervios, sujetando con ambas manos atadas el revólver de Paul, recién disparado. Quizá muy oportunamente, para evitar que la navaja hiriese al detective.

—Señora Vail... —musitó Sam.

—Lo... lo he matado... —sollozó ella, convulsa, soltando el arma, que rebotó sordamente en el suelo—. ¡Lo he matado! No podía hacer otra cosa... El... él era muy rápido con esa maldita navaja... Así nos sorprendió a Donald y a mí...

—No se lo reproche —habló Daugherty, caminando hacia ella—. Después de todo, tal vez me salvó la vida... Nunca imaginé que ocultara ahí una navaja... Serénese, señora, ya todo ha pasado... Absolutamente todo...

Y la mujer, abatida, se dejó caer sobre su pecho, estallando en vivo llanto, convulsionado su hermoso cuerpo ultrajado, por unos estremecimientos de angustiada emoción.

Sam la rodeó con su brazo, mientras fuera, los patrulleros anunciaban que iban a aproximarse a la casa, para reunirse con él.

—Está bien, Rocco, entren ya —contestó Sam. Y acariciando los

cabellos oscuros de la señora Vail, murmuró, comprensivo—: Llore, llore cuanto quiera... Eso le hará mucho bien. Ahora, ya no va a ocurrirle nada. Absolutamente nada... Vendrá conmigo al hospital, a que la vean los doctores... Está a salvo. Serénese...

CAPÍTULO VIII

La ambulancia se alejó hacia el hospital, llevando dentro a la señora Vail, para ser atendida por los médicos, tras su cautiverio, violación y crisis nerviosa, y en otro compartimento, al agonizante Chris, cuya herida de tijera en la garganta era mortal de necesidad, y que además había recibido una bala, de su compinche Paul, en pleno vientre, también de cariz gravísimo.

Rocco, Hendrix y el defectivo Daugherty, se miraron con aire de fatiga, a la luz de los faros de sus respectivos automóviles.

—Si al menos ahora pudiéramos irnos a descansar, con la satisfacción del deber cumplido... —se quejó Hendrix.

—Imposible —negó Sam—. La noche aún no ha terminado para nosotros, muchachos. Ya ven la ciudad: sigue en sombras. Y no sólo porque falte luz en sus calles. Es otra clase de luz la que falta en sus barrios, en sus casas, en sus gentes...

—Sí, creo que tiene razón —suspiró Rocco—. Esa luz seguirá faltando, cuando regrese la del alumbrado, desgraciadamente... Bien, señor, ¿y ahora adonde?

—De nuevo a M. Deegan Expressway a reunimos con su compañero Bearle.

—Ya. ¿El tal Feldman y su rehén?

—Eso es. Otro problema espinoso, amigos. La vida de ese tal Jerry Hooper, no vale mucho más de lo que valía la de la señora Vail, hace media hora...

—Parece que es la noche de los secuestros y los rehenes... —apuntó Rocco, preparando el coche patrulla para partir.

—Sí. Y la noche de los locos, de los maníacos homicidas. Un joven que no puede cumplir en el lecho con una mujer... Otros jóvenes, en cambio, que ultrajaron mujeres brutalmente... Todos asesinos. Pero todos con diferente motivación, aunque con una misma tara mental: la psicosis del sexo, la sangre y la violencia. El

otro caso es diferente: Julius Feldman, un pobre diablo a quien su mujer engaña con *gigolos* guapos y atléticos... Y, de repente, se siente más duro, más fuerte, más violento. Estalla la venganza. Más sangre, una esposa muerta... y un amante pasando la peor noche de su existencia con la vida pendiente de un hilo, mientras Nueva York espera que vuelva la luz, y él pide a Dios o al diablo que esa luz no regrese... Ni siquiera que amanezca, porque es su sentencia de muerte —suspiró, sentándose al volante de su propio coche e indicando a Rocco que le precedieran ellos—. Así es esta ciudad, amigos. Un inmenso manicomio, cuando no un sucio vertedero de escoria humana.

—¿No hay algo bueno en ella, después de todo, señor? —sugirió Hendrix.

—Si lo hay, aún no lo he encontrado —refunfuñó Sam Daugherty, poniendo el coche en marcha y pisando a fondo el acelerador, mientras hacía sonar la sirena de emergencia.

Los vehículos volaron virtualmente sobre el asfalto, camino de M. Deegan Expressway. Camino de su tercera aventura de aquella dantesca noche, entre rascacielos sin ventanas iluminadas, ni ascensores en marcha. Hacia un tercer drama, tal vez una tragedia, como las anteriores, en la jungla de asfalto y cemento, donde ahora todo era oscuridad y confusión.

—¿Algo nuevo, Bearle?

—Nada, señor. Todo igual. Desesperadamente igual.

—Peor sería que hubiera variaciones —suspiró Daugherty, escudriñando las alturas—. En estos casos, acostumbra a ser negativas... ¿Ha dialogado con él?

—En dos ocasiones. Una para advertirle que aún está a tiempo de resolver las cosas sensatamente, entregándose y dejando con vida a su rehén. Me envió al diablo.

—¿Y la otra? —sonrió Sam a medias.

—Para exponerle el deseo de un sacerdote, el padre

O'Rourke,

de la cercana iglesia católica de San Carlos, de subir a charlar con él, en el lugar y a la distancia que él exija.

—¿Qué contestó?

—Que no quiere ver a nadie, ni siquiera a un sacerdote. Y que si sube, matará al rehén. Luego, el propio padre

O'Rourke

dialogó con él por el megáfono y, aunque pareció que iba a ceder, a ablandarse, terminó por cortar bruscamente la charla, enviando también muy lejos al buen pastor.

—¿Feldman es católico?

—Eso me ha contado el padre —señaló hacia un cercano bar que permanecía abierto, quizá por la sencilla razón de que algún grupo de vándalos, en las primeras horas del apagón, habían reducido a polvo de vidrio sus grandes cristales de puerta y ventanal—. Está allí, tomando café.

—Ya. —Sam se rascó los cabellos—. Sigan ahí. Voy a hablar con él un momento. De paso, también tomaré una taza de café. Falta me hace...

Entró en el pequeño bar. Su propietario, despeinado, pálido y sin afeitar, servía de mala gana a cuatro o cinco clientes, que, heroicamente soportaban allí la noche sin luz. Un par de quinqués alumbraban el mostrador. El pote de café iba de unos a otros casi sin reposo. La cocina eléctrica estaba, naturalmente, sin funcionar. Pero un primitivo hornillo de kerosene servía para la grata infusión.

—Un café doble o triple, amigo —pidió Sam—. Sin azúcar.

El cantinero asintió, mientras Sam se sentaba junto a un hombre relativamente joven, de cabellos pelirrojos escasos, rostro pecoso y traje negro, con cuello vuelto y una cruz de plata prendida del ojal. El cura le miró, pensativo.

—¿Policía? —preguntó.

—Vaya... —suspiró Sam—. ¿Tanto se me nota, padre?

—No es por eso —sonrió—. Me hablaron de que esperaban a un detective de Homicidios, para ver si resolvía el caso. Supuse que sería usted.

—Acertó. Padre, ¿qué impresión saco de su charla con Julius Feldman?

—No muy buena —los ojos grises del sacerdote revelaron preocupación, en tanto una gran taza humeante era puesta ante Sam, que empezó a engullirla con placer—. Está como desquiciado. Yo diría que no es él. Parece otra persona, ¿entiende? Como los esquizofrénicos. Una personalidad distinta, la que todos llevamos oculta, según los psiquiatras...

—¿Conoce usted bien a Feldman?

—Es de mi parroquia —asintió el padre
O'Rourke

—. Un buen hombre, habitualmente. Por completo inofensivo. Amante de los pájaros, los perros, las flores...

—Ésos son los peores, cuando sale «el otro», como usted dijo —resopló Sam, apurando la taza de café y pidiendo otra al cantinero

—. ¿Sabía lo de su esposa?

—Mucha gente en el barrio lo sabía. Pobre Feldman. Eligió una mujer poco conveniente para él cuando se casó. Ahora, pagamos todos las consecuencias. Ella no le quería. Era demasiado joven y demasiado frívola para un hombre como él.

—¿Nunca vio furioso o violento a Feldman?

—Jamás. Es un hombre habitualmente dócil, apacible, de buen humor. Creía que su amada Hattie era lo mejor del mundo. Cuando hoy supo la verdad, debió resultarle tan duro... que le alteró por completo.

—¿No cree que acepte su consejo, su proximidad durante unos minutos, padre?

—No, no lo creo. No está en situación de escuchar consejos. Incluso podría ser contraproducente insistir. Ese hombre a quien tiene preso, podría morir.

—Ya lo sé. —Sam se frotó el mentón. Le rascó la barba ligeramente—. No estaba pensando solo en que le diera consejos, padre. Pensaba, simplemente, en la posibilidad de que admitiera ante sus ojos, a una distancia prudencial, la presencia de un sacerdote...

—Lo veo difícil, pero lo intentaré cuantas veces sea posible. No me asusta lo que pueda peligrar mi persona, esté seguro.

—Lo creo, padre, pero no intento que usted corra riesgos. Sé que no admitirá consejos, por muy católico que sea. Ahora no es el feligrés pacífico y amable que usted conoce. Estaba pensando en que bastaría con que él permitiera a un sacerdote su proximidad, aunque no le hiciera el menor caso. Eso bastaría.

—No le entiendo, señor...

—Daugherty, Sam Daugherty, de Homicidios. —Sam contempló complacido la nueva dosis de café caliente—. Estaba pensando en un sacerdote muy especial, para este caso.

—¿Quién?

—Yo, padre, yo...

—La sotana es un poco estrecha para usted. Pero no resulta demasiado mal —sonrió el padre

O'Rourke,

contemplando la vigorosa figura de Daugherty, bajo la prenda recién abotonada—. De todos modos, sigo pensando que es una locura...

—Ya lo sé. He hecho muchas otras locuras en este mundo, créame. Ahora se trata de que pueda engañar a Feldman, a alguna distancia.

—El acostumbra a ir a la iglesia. Sabe que no hi, coadjutor en San Carlos.

—Bueno, pues será el coadjutor de San Mateo. Usted arreglará esto, padre. Yo haré el resto. Si es que puedo, claro.

—¿Llegaría usted a... a matar a ese pobre diablo, si no tiene otro remedio?

—Si no tengo otro remedio, sí —apretó Sam los labios con energía—. Espero que no lleguemos tan lejos.

—Recuerde que él no es un criminal nato.

—Mató a su mujer, padre. Y puede matar a otro rehén, de un momento a otro. No me importa que tenga sus razones o no. Es un hombre peligroso, ahora. Incluso podría matarme a mí o a cualquier otro, pero si tengo una posibilidad, por mínima que sea, de capturarlo o de herirle levemente, no iré más lejos, se lo prometo.

—Está bien. Entonces, que Dios nos ayude. Y que impida toda violencia...

—Amén —dijo Sam, echando a andar con, paso rápido hacia la edificación. Luego, recordó el hábito que llevaba, y acompasó más su marcha a su supuesta condición de sacerdote.

El padre

O'Rourke

tomó el megáfono de manos de Rocco, y empezó a hablar hacia la ventana iluminada que, como un triste y cansado ojo abierto a la sombría noche, permanecía allá arriba, siempre vigilante, siempre encendida.

—¡Feldman, mi querido amigo escuche! ¡Le habla el padre O'Rourke!

—¡No quiero oír a nadie! —bramó una voz chillona, que revelaba cansancio y algo de relajamiento, allá en la alta ventana que era centro de atención de toda la zona.

Sam y el sacerdote se miraron. Los patrulleros comentaron algo entre sí. El párroco de San Carlos insistió:

—Feldman, tengo conmigo a un gran amigo mío, y un buen conocedor de problemas como el suyo... Se trata del padre..., el padre Spencer, coadjutor de San Mateo... —Y musitó para sí—: Que Dios me perdone por mentir con tanto cinismo...

—¡Al diablo usted y el coadjutor de San Mateo! —aulló Feldman, con muy poco espíritu religioso—. ¡No quiero más charlas ni más molestias! ¡No me obliguen a disparar!

—Feldman, usted nunca haría eso a sangre fría, con un ser humano —se apresuró a replicar el padre O'Rourke,

con una nota de angustia en su serena voz grave—. Dios no permitirá que un hombre justo y honesto como usted llegue tan lejos...

—¡Un hombre justo y honesto como yo mató a una mujer, padre! —clamó Feldman—. ¡A Hattie, mi propia esposa! ¿Qué le parece eso?

—Dios juzgará, hijo, no yo —suspiró el cura—. Hattie era una mujer indigna de usted, pero pagó caro su error. Usted, Feldman también cometió otro grave error, al quitar una vida que sólo a Dios pertenece. Pero El y los hombres sabrán comprender y tal vez perdonar, si usted se arrepiente sinceramente de todo.

—No me arrepiento de nada, padre... —jadeó Feldman, con voz algo más cansada, como si en él hubiese alguna parte que empezara a vacilar, a tambalearse, acaso erosionado por la fatiga y la tensión de la dramática noche—. Márchense los dos. Pidan por mí a Dios. Es todo lo que deseo.

—Conforme, hijo. —

O'Rourke

hizo a Sam un gesto esperanzado—. Sólo una cosa le pido. Algo que, como católico fiel, no podrá negarme, ni siquiera en este trance.

—¿Qué es ello? —Gruñó Feldman, desconfiado.

—Algo muy sencillo: nuestra bendición. Yo no tengo agilidad

suficiente para subir a un sitio desde donde pueda verle y bendecirle para que Dios esté con usted en lo peor. Pero mi amigo, el padre Spencer, sí puede hacerlo. Sólo eso, Feldman. Un minuto, una bendición... y prometo que nos vamos definitivamente de aquí sin molestarle más, pero en paz con nuestras conciencias, y confiando en el Señor y en su infinita misericordia.

Una duda arriba, un silencio expectante. Se movieron, inquietos, los patrulleros el sacerdote y el falso coadjutor. De aquello dependían tantas cosas...

En algún lugar de la ciudad, hubo una explosión. Sirenas y disparos, en otro punto. La orgía continuaba en las sombras.

De repente, la voz de Feldman, como una descarga eléctrica sobre sus nervios:

—Está bien. Sólo un minuto, recuerde. Que suba donde yo pueda verle. Su bendición y nada más. Y que nadie aproveche el momento para nada o haré fuego...

—Tiene mi palabra —dijo el padre O'Rourke,

mirando significativamente a Sam—. Nadie, salvo el hombre que va a subir a bendecirlo, tomará parte en esto. Dios es testigo.

Sam asintió, comprendiendo bien la intención del sacerdote. Éste añadió en voz baja:

—Espero que no haya jurado esta vez en falso. No se lo perdonaría nunca, ni podría perdonármelo yo, Daugherty.

—Tiene mi palabra —suspiró Sam—. Como usted dijo, «sólo el hombre que va a subir a bendecirlo, tomará parte en esto». Y ese hombre soy yo.

—Gracias —el cura puso su mano en el brazo de Sam—. Suerte. Y que Dios les ayude... a los tres...

Daugherty movió la cabeza afirmativamente. De arriba llegó la voz de Feldman:

—¡Padre Spencer, suba hasta este piso y asome por las cortinas, pero sólo hasta la esquina de la edificación, sin aproximarse ni un paso más! ¿Cree que puede hacerlo?

—Seguro, Feldman, hijo —habló nuevamente Daugherty, usando el megáfono—. Dios me ayudará en todo, no lo dude. Y a usted también...

Luego se persignó, hizo un gesto al padre

O'Rourke

y requirió del patrullero Bearle una Biblia. Éste se la entregó. Había estado manipulando en el libro hasta entonces con una afilada navaja. Sam abrió el volumen de negras tapas. Dentro, iba un chato revólver calibre 32, negro pavonado. Podía ser suficiente, si todo iba bien.

—Por Dios, trate de no herir, de no matar... —suplicó el padre O'Rourke

antes de que se alejara hacia la casa de ladrillos rojos.

—Lo haré, padre. Sobre todo, intentaré que nadie muera en esto...

Y comenzó a subir las escaleras del edificio, rumbo al piso donde Feldman permanecía encerrado con su rehén.

Los ojos redondos de Julius Feldman, dilatados por la tensión, enrojecidos por el cansancio, la escasa luz de la cocina y la crispación de aquellas terribles horas con un hombre joven maniatado o sus pies, herido por un culatazo, y mirándole con atroz pánico, se fijaron ahora en el exterior. Arrastró consigo a su rehén que temblaba espasmódicamente, hasta asomar a la ventana de forma lateral sin ser visto desde la calle.

—Ahora, padre Spencer —llamó—. Puede asomar. Le veré sin dificultad. Pero recuerde que tengo un arma. Y un hombre cuya vida pende de lo que usted y los de abajo intenten hacer.

Por una ventana, en la esquina del edificio, asomó una figura de negra sotana, esgrimiendo como única arma, entre sus manos, un volumen de tapas negras y cantos dorados, un inconfundible ejemplar de los Evangelios.

—Aquí estoy, hijo —habló con la mayor suavidad posible Sam Daugherty—. Tranquilo, te lo ruego. Estamos solos tú y yo... y ese pobre diablo a quien llevas contigo.

Feldman estudió con recelo al supuesto coadjutor. Pero nada, en Sam, que ahora pisaba con relativa firmeza el peligroso y angosto saliente de la cornisa, hacía sospechar nada extraño.

—Rápido, padre —le apremió Feldman—. El minuto empieza a contar. Bendígame.

—Sí, hijo. —Sam puso ante sí los Evangelios y los abrió. Sus dedos tocaron la culata del negro revólver, mientras sus ojos,

disimuladamente, estudiaban distancias, posibilidades, todo en suma lo que podía significar la diferencia entre la vida y la muerte para Feldman y su rehén. Y para él mismo—. Ya comienzo. En nombre del Señor, yo te bendigo, y ruego al Señor, en tan difíciles momentos, que ilumine tu conciencia y que con su infinita bondad El pueda orientarte y...

En aquel momento todo se estropeó, súbita, brutalmente casi...

Como un estallido, la ciudad reventó en luz. Bronx entero se encendió, rutilante. Hubo un clamor lejano en las calles, antes silenciosas o salpicadas de violencia.

La luz había vuelto a la ciudad.

Y, simultáneamente, allá abajo, por si ello fuera poco, un coche patrulla patinó sobre sus neumáticos, se paró en seco en plena calzada y un vozarrón potente clamó a las alturas:

—¡Detective Daugherty! ¿Qué hace usted ahí vestido de cura? ¿Es ésa la forma que tiene de resolver los problemas de la ciudad?

Era la voz del comisionado Jason Ballinger, su peor enemigo. Y el coche patrulla vomitó por sus portezuelas, tras él, a los aborrecidos patrulleros Reagan y McDuff, que le contemplaron burlonamente, revólver en mano.

—¡Traición! ¡Es un policía! —aulló Feldman—. ¡Todos moriremos ahora!

Y su revólver, amartillado, se apoyó con más fuerza en el mentón de su prisionero, que palideció mortalmente, al ver llegar la muerte. Pero tras una vacilación brevísima Feldman siguió sujetando a su víctima con una sola mano, con insospechada fuerza, y la otra llevó el revólver hacia la figura de Sam Daugherty, sobre quién se dispuso a hacer fuego.

Sam extrajo de los Evangelios el negro revólver. Dejó caer a la calle el volumen vaciado. Y disparó sobre Feldman. No tenía otro remedio.

Abajo, el padre
O'Rourke
cerró los ojos angustiado.

—Dios mío... —susurró—. Ha ocurrido lo peor.

Feldman retrocedió con un aullido de dolor infinito. Contempló su mano vacía, con los dedos rotos, astillados, sangrantes. Su revólver había volado de ellos cayendo a la calle.

—Después de todo no necesité matarle... —jadeó Daugherty, avanzando por la cornisa, con la mayor rapidez posible. Y gritó—: ¡Hooper, reduzca a Feldman, pero no le haga daño!

El amante de Hattie Feldman reaccionó, tras el terror pasado, sujetando a Julius Feldman cuando éste iba a tirarse por la ventana y reduciéndolo de un seco puñetazo con sus manos atadas.

Sam saltó al interior de la cocina brillantemente iluminada ahora, y encañonó al caído, mientras resoplaba, indicando a Hopper:

—Usted baje a la calle. Los patrulleros ya pueden venir. Esto ha terminado... por el momento.

Y había una fría, dura luz, en el fondo de sus pupilas, cuando dijo esto.

Julius Feldman, con su mano vendada, esposado y vigilado por el patrullero Bearle entró en la ambulancia camino del hospital. En otro vehículo sanitario fue llevado Hooper en un estado tal de crisis nerviosa y agotamiento, que producía lástima.

Luego, lentamente, Sam se volvió hacia donde estaban el comisionado Ballinger y los patrulleros Reagan y McDuff.

—¿Por qué dijo eso, comisionado? —preguntó incisivo—. ¿Para que todo se viniese abajo, Feldman me volara la cabeza y usted se librase de mí?

—Escuche, Daugherty, no empecemos otra vez —masculló el comisionado—. Me dijeron que usted estaba aquí... y yo me sorprendí al verle de cura, eso es todo...

—Mi vida pendió de un hilo, por culpa suya —silabeó duramente Sam—. Aún no sé cómo no mató ese Feldman a su rehén y a mí, aprovechando la confusión del momento. Todo por su culpa, maldito cerdo asqueroso...

—¡Controle su lenguaje, Daugherty! ¡Aún es usted policía y puedo hundirle muy profundamente si quiero...! —aulló Ballinger.

—Hágalo. Y cuanto antes —masculló Sam—. Si quiere una excusa, aquí la tiene, señor Ballinger.

Jamás había pegado tan duro. Su puño era demoledor, cuando quería. Esta vez quiso. Antes, había ya dejado caer su placa y su pistola a los pies de los patrulleros Rocco y Hendrix.

Luego, su puño, como un cartucho de dinamita, fue al encuentro del mentón de Jason Ballinger. Fue como una coz devastadora.

Chascaron los huesos del comisionado, quebrados por el impacto. Sangre y dientes fueron escupidos por su boca, cuando comenzó a caer, con los ojos en blanco y la mandíbula colgando, completamente desarticulada.

—Cuando salga del hospital, ningún marica querrá verle la cara —le escupió Sam, despectivo.

Los patrulleros Reagan y McDuff llevaron sus manos a las armas. Antes de que pudieran hacer nada, Rocco y Hendrix habíanse puesto ante ellos, con sus manos en las negras culatas de los revólveres reglamentarios, a punto de salir de la funda.

—Cuidado, amigos —avisó Lou Rocco, fríamente—. Tenéis suficiente negra fama en el cuerpo para que, si os freímos a tiros aquí mismo, ni siquiera nos expulsen por ello. No nos obliguéis, ¿eh, muchachos?

—Largaos —dijo abruptamente Sam—. Y llevaos esa carroña maldita en el coche.

Silenciosamente, los patrulleros cargaron con el inconsciente Ballinger, cuya boca chorreaba sangre, y se marcharon en su coche, sin intentar nada. Rocco miró a Sam con simpatía.

—Esos bastardos... —jadeó—. Pero se ha buscado malos enemigos, señor.

—Ya los tenía de antes —rió Sam—. Alguna vez chocaremos de verdad, y ellos o yo iremos al cementerio. No les temo. Gracias por su ayuda, amigos.

—Nosotros estamos siempre con el que es honrado y digno, señor —habló Hendrix.

Sam les guiñó un ojo y luego miró al padre O'Rourke,

que venía hacia ellos. Comenzó a desabotonar su sotana.

—Bueno, ahora sí creo que ha terminado todo... —murmuró gravemente.

—Creo que se equivoca en algo, señor —avisó Rocco, desde el coche patrulla, alzando el radioteléfono—. Es para usted. Urgente. Del hospital...

Sam fue hacia el radioteléfono del patrullero. Poco después, escuchaba algo por él. Y una vaga sospecha, que albergaba desde hacía tiempo, tomó forma en su mente, de súbito.

—¿Todo bien, señora Vail?

—Perfecto, gracias —sonrió ella, dulcemente, desde el lecho. Luego, cerró los ojos como recordando algo que la hacía estremecer aún—. Si pudiera olvidar...

—Entiendo —asintió Sam Daugherty. Contempló las luces de la ciudad en la madrugada, a través de la ventana del hospital. Ya se oían menos sirenas y disparos por Nueva York—. Debe descansar ahora. Ya todo termino para usted, señora.

—Aún me parece imposible... —Abrió de nuevo los ojos, los clavó en él—. ¿Y esos tres chicos? ¿Están todo...?

—¿Muertos? Sí, señora. Los tres. Usted tuvo buena puntería con Edwin. Lo mató en el acto.

—Cielos, no me lo recuerde... —Tembló ella—. Aún pienso que yo no pude hacer tal cosa, Daugherty...

—Yo también acerté con un solo disparo —sonrió Sam gravemente—. Paul murió instantáneamente.

—¿Y... Chris...?

—Fue el último en morir. Ingresó agonizante en el hospital. Ni siquiera podía hablar, aunque quiso hacerlo. Las tijeras destrozaron sus cuerdas vocales. No ha sido agradable nada de eso, pero ellos están muertos y la pesadilla terminó.

—Dios me ayude ahora a olvidar y rehacer mi vida... —gimió ella.

—Por cierto, Edwin terna mucho interés en revelar algo antes de morir —comentó al azar, paseando por la estancia. Se detuvo ante la ventana, de espaldas a ella, y contempló el raudal de luz de Manhattan—. Pero como no podía hablar, nunca pudo pronunciar palabra alguna.

—Pobre diablo... Tal vez quería arrepentirse en ese momento, pedir perdón... Quiero pensarlo así, cuanto menos... Yo..., yo no deseo guardarle rencor a nadie.

—Eso suena muy hermoso, señora... Como le decía, no pudo hablar nada, pero el médico se impresionó por su afán de querer decir algo antes de morir, y se le ocurrió la idea de darle un lápiz...

—¿Un... lápiz? —Parpadeó ella.

—Eso es. Si no podía hablar, podría, al menos, escribir. Y escribió.

—¿Qué..., qué escribió?

—Pocas palabras. Murió en seguida. Pero lo bastante claras para el doctor. Y para mí, señora Vail.

—No entiendo. ¿Qué pudo decir ese chico?

—Unas pocas cosas... —Sam extrajo un cuaderno. Leyó en voz alta—. Ésta es la copia de su escrito: «Ninfómana sucia... Mala puta... Ella lo dispuso todo. Mató a su marido con nuestra ayuda. Luego, se entregó a nosotros desenfrenadamente. Huyó con nosotros. Es insaciable. Quería unirse al grupo. Se volvía loca por los jovencitos... Maldita mujer... Ella lo mató... Nunca estuvo prisionera... Era una farsa... para engañar a la policía... y darle una coartada... a cambio de dinero... y placer...»

Sam terminó de leer. La señora Vail estaba lívida. Añadió el detective antes de cerrar el cuaderno:

—Edwin añadió un nombre: «Pamela Vail»... ¿Entiende ahora?

—¡Cielos! —Reaccionó ella, temblorosa—. ¿No irá a creer... esa monstruosidad?

—Señora, la confesión de un hombre que sabe que va a morir... tiene mucho valor para la policía... y para los tribunales. Además, el doctor no cree que usted fuese forzada. Sólo lo fingió...

Ella cayó atrás, demudada. De repente, parecía envejecer años enteros.

—Dios mío... —gimió—. Todo tan bien planeado... El seguro de Donald, su dinero... Mi libertad... Poder disfrutar con chicos fuertes y jóvenes... Él era un viejo acabado. Ese maldito Chris... ¿Por qué, por qué lo confesó?

—Porque iba a morir, señora. Y no quiso llevar consigo ese lastre... —dijo lentamente Sam Daugherty.

Abrió la puerta. Había dos policías fuera, esperando. Señaló a la mujer.

—Ya oyeron. Llévensela con ustedes. La acusación es de asesinato en la persona de su esposo. Y de homicidio en la persona de Edwin...

—Todo era perfecto... —Había lágrimas en los ojos de ella—. ¡Todo pudo salir bien, de no caer herido Edwin y de no meterse usted en esto, Daugherty! ¡Yo sólo quería ser libre, no soportar a un hombre impotente, disfrutar de la juventud, de los machos que les gustan, del dinero...!

—Ya lo escucharon todo —murmuró Sam—. Es suficiente

evidencia, ¿no? Una confesión en toda regla...

—Sí, señor —afirmó Lou Rocco—. ¡Quién iba a pensarlo...! Tan dulce, tan señora...

—¿Qué importa mi confesión ahora, cerdos? —aulló ella, centelleantes sus ojos—. ¡Chris ya lo había confesado antes, maldito sea él!

—No, señora Vail —negó lentamente Sam—. Chris no tuvo tiempo ni fuerzas para escribir una confesión tan detallada.

—¿Qué..., qué quiere decir? —ella le contempló con estupor, con una helada sorpresa que era casi terror.

—De no confesar usted misma, hubiera sido todo muy difícil, créame... El..., él sólo pudo escribir las primeras palabras que le leí. Exactamente éstas: «Ninfómana sucia... Mala p... Ella... lo dispuso todo...». ¿Entiende? Sólo eso. Pero me bastó. No había visto claro su papel en el drama, ni su acierto en disparar sobre Edwin, para silenciarlo definitivamente, por si lo soltaba todo al ser arrestado... Entonces sí entendí. Lo siento, señora. Es un sucio truco. Pero está justificado.

Se la llevaron, jurando soezmente entre dientes, pronunciando obscenidades impropias de una dama. Sam Daugherty suspiró, encaminándose a la salida del hospital, con gesto de cansancio. Un reloj del vestíbulo, señalaba las cinco y cuarto de la mañana. Estaba comenzando a clarear por el horizonte.

Algunos barrios de la ciudad aún estaban en sombras. Pero ya eran los menos. Sam caminó por las calles con lentitud.

—Mañana iré a tomar algo al bar donde trabaja Wendy —murmuró con un bostezo—. Ella es algo de lo poco limpio y bueno que tiene esta ciudad... De todos modos, creo que no dejaré mi puesto. Hay muchas cosas que limpiar aún. Esta noche lo ha demostrado. Y están el comisionado y esos patrulleros. Acabaré con ellos, lo juro. Sí, Wendy. Iré a verte mañana. Y pasado. Y todos los días. Eres una chica bonita. Y me gustas... Creo que por algo así es por lo único que vale la pena seguir adelante, después de todo. Eso ayuda a olvidar cosas como las de esta noche. Esa madre intolerante... Esos chicos degenerados... Esa mujer depravada y sin escrúpulos... Y ese pobre Feldman, con su tragedia... Dios mío, qué ciudad... ¡Qué ciudad!

Y aun así, cuando clareó más y el amanecer se extendió por

Manhattan, incluso llegó a parecerle bonita.

Tal vez porque estaba pensando otra vez en la pelirroja Wendy.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

